

**-El fantasma de Ingrid Balanta-**

**(Novela)**

Por: Fabio Martínez

**Colección “50 novelas colombianas y una pintada”.**

**Caza del libro y Editorial Pijao, Ibagué, 2008**

## **Indice**

- Primera parte.
- Segunda parte.
- Epílogo.

“Los fantasmas son eternos personajes que aguardan,  
con solitaria impaciencia, que su historia vuelva a ser  
contada”.

Eduardo Chirinos.

PRIMERA PARTE

## 1

El fiscal Holmes llamó a su mujer por el celular, y cuando ella le dijo que aún no había terminado de hacer sus compras, decidió tomar la autopista sur sin rumbo fijo. Hubiera preferido regresar a casa, besar a su mujer y acariciar a su gato Lunero, pero era tanto el miedo que llevaba, que prefirió hundir el acelerador y no pensar en el sufragio que hacía unos días le había llegado a su oficina y en el cual un grupo de paramilitares lo había amenazado de muerte por sus investigaciones relacionadas con la masacre de El Edén.

Aquella noche, Holmes corría como un fantasma por la autopista negra de asfalto, y no estaba muy seguro de si estaba vivo o estaba muerto.

La autopista, que era de cuatro carriles, estaba dividida por un zanjón de aguas negras. Subió la ventanilla del auto para evitar el olor nauseabundo que salía del caño, y entonces tuvo la imagen terrible de él, recostado sobre el timón, con un tiro en la cabeza, mientras el auto se hundía lentamente en las aguas putrefactas que corrían a lo largo de la autopista.

En el fondo negro de la ruta alcanzó a divisar un letrero de neón, y decidió parar:

“Jenny’s”.

Un negro vestido de frac y corbatín rojo se acercó al auto, y lo invitó a entrar.

“Este es el lugar seguro que necesita un hombre como yo”; pensó, y no había terminado de acomodarse en la poltrona de las caricias cuando llegó la patrona, y se presentó:

.- Hola, soy Jenny. ¿Le llamo a las muchachas?

.- Sí -dijo Holmes- y por un instante se sintió ridículo, al saber que un hombre casado como él, con un hijo profesional, con un gato, y con la investidura que tenía, estuviera sentado en un burdel. Pero enseguida lo justificó, pues su vida, de una semana para acá, cuando recibió el sufragio, se había convertido en un laberinto sin salida.

“De pronto en este lugar encuentro un momento de paz y sosiego que no tengo en la oficina ni en ninguna parte”.

No había terminado de pensar, cuando la mujer vino con una botella de ron, un vaso y una hielera, y anunció a las muchachas:

.- Son de todas partes del país -Dijo-. Siéntese con confianza que esta es su casa.

Cuando una por una se fue presentando, se dio cuenta de que la patrona no había mentido.

Había blancas, indias, trigueñas, negras y mulatas.

.- Mucho gusto, me llamo Dalila -dijo la primera de la fila-.

.- Hola, soy Lina -dijo la segunda-.

.- Qué tal, me llamo Viviana -se presentó la tercera-.

.- Mucho gusto, soy Ingrid -dijo la última-

Holmes sabía que aquellos nombres eran falsos, y le causó risa.

Cuando la última muchacha se presentó, Jenny volvió hacia él y dijo:

.- Bueno, estas son las muchachas que tengo para esta noche. ¿A quién le llamo, doctor?

.- A Ingrid, por favor.

.- ¿Cómo? ¿Ingrid? ¡Si ella murió hace tres meses! -dijo Jenny, sorprendida-.

.- Por favor, llámeme a Ingrid -insistió Holmes-.

Jenny se cogió la cabeza e incrédula, gritó:

.- ¡Ingrid! ¡A la poltrona número cuatro, por favor!

Y enseguida apareció una negra cuajada, de pelo postizo, que medía uno setenta de estatura.

.- Mucho gusto, señor. -dijo la negra- Pero le aconsejo que usted debería llamar a otra niña.

.- ¿Por qué?

.- Porque yo estoy muerta.

.- ¿Cómo así? No comprendo nada. Quiere usted decir que viene, desfila, pero no quiere saber nada con los clientes.

.- No es eso. Lo que sucede es que ya no pertenezco a este mundo -y le mostró un pequeño orificio que tenía al lado del corazón-. Yo soy un fantasma que viene a recoger sus pasos.

Íngrid cogió la botella de ron y tiró el primer trago al piso.

.- Por las ánimas del purgatorio. -Dijo, y sirvió en los vasos-.

El fantasma bebía como una cuba.

A medianoche, Holmes le preguntó si quería dormir con él. Íngrid le dijo que era un placer compartir esa noche con él, pero le recordó que ella era un fantasma.

.- Debe ser maravilloso hacer el amor con un fantasma -respondió Holmes-.

Pagó la multa, hicieron el ascenso a la habitación del placer, y cuando ella quedó desnuda, Holmes pudo apreciar un cuerpo bello, iluminado por una luz espectral.

No sabía si lo que tenía frente a sus ojos era una mujer de carne y hueso, o si era, en verdad, un hermoso espantajo con forma de mujer.

Holmes se recostó en el filo de la cama, y apenas Íngrid subió a él y empezó a cabalgar como un animal salvaje, sintió que el mundo se desplomaba.

El fiscal quedó completamente exprimido.

Cuando la luz del amanecer entró por la ventana, el fiscal abrió los ojos, y no la encontró.

El fantasma había desaparecido.

## 2

El primer viernes del mes de abril, Holmes volvió a la casa de Jenny, y se sentó en la poltrona de las caricias. Cuando se disponía a pedir la revista de mujeres, vio una escena un poco inusual en uno de los pasillos de la casa: Jenny y las muchachas estaban paradas frente a una imagen del Sagrado Corazón, y rezaban por el alma de Ingrid. Cuando terminaron, hicieron un riego de incienso y saumerio por toda la casa.

El fiscal había tenido un mes terrible, pues al día siguiente que había abandonado el burdel, no había podido volver a su oficina ni visitar los juzgados; había tenido que vender su auto y ahora andaba en taxi como cualquier ciudadano. Cada noche dormía en un lugar diferente; y a su mujer la llamaba por un celular distinto para que los “Paras” no fueran a interceptar sus comunicaciones.

En medio de su nomadismo forzoso por la ciudad, sentía un dolor particular por su gato Lunero, que cada vez que su mujer le acercaba el celular a sus bigotes, maullaba de tristeza, como un ser abandonado.

Su menaje se reducía a un maletín de cuero donde llevaba el caso de la masacre de El Edén, un computador portátil, una caja de Prozac para la depresión, *Tierra baldía* de T. S. Eliot y dos teléfonos móviles.

El libro era un maravilloso regalo que él se había dado para mitigar su soledad.

Las mujeres terminaron la oración. Celeste, que así se llamaba el portero, prendió el equipo de sonido. Jenny, enseguida, fue a atenderlo.

- Doctor Holmes. ¡Qué alegría volver a verlo por aquí! ¿Sabe que los clientes fieles tienen derecho a un supercombo?

- Doña Jenny, a mí también me da mucha alegría verla. ¿En qué consiste el supercombo?

- Usted paga un servicio y lleva dos. ¿Quiere que le llame a las muchachas?

- No hay necesidad. Llámeme, por favor, a Ingrid.

- ¡¿Cómo?! ¡¿Ingrid otra vez?! ¡Usted está loco, doctor Holmes! Ya le dije que a Ingrid la mataron en diciembre.

- ¡No importa! ¡Llámeme a Ingrid, por favor!

Y apareció la negra, con su rostro oscuro, ceniciento, como si viniera de ultratumba

- Hola, Holmes. Pensé que me había olvidado -dijo en un tono triste, y se sentó a su lado-

¿Puedo servirme un trago de ron?

- Sí, por supuesto.

Tiró el primer trago al piso, como la primera vez, y continuó:

- Pensé que no le había gustado cómo hicimos el amor.

- No, al contrario. Por eso volví. Pero lo que más me interesa es hablar contigo.

- A mí también. Vivo en una soledad tan terrible, que a veces me dan ganas de olvidarme de todo y regresar a la casa de los muertos.

- ¿Por qué no regresas al cementerio?

- La rabia no me deja.

Cuando la mujer se agachó a servir el ron, Holmes alcanzó a ver el pezón erecto del lado izquierdo; pero ahora el orificio que él había contemplado la primera vez, se había mutado en un corazón en llamas, como el Sagrado Corazón.

- Ingrid, cuéntame, cómo fue que te mataron.

.- Ah, es una historia larga de contar. Si me regala un *perico* se la cuento.

.- ¿Dónde se compra el *perico*?

.- Dalila lo vende. Acaba de abrir una *línea* y le está yendo muy bien. ¿La llamo?

.- Si tú quieres.

.- ¡Dalila! -gritó Ingrid, y enseguida llegó una india de pelo negro y piel cobriza-

.- El señor quiere un *perico*.

La mujer se metió la mano en el escote de la blusa, y sacó una bolsita de polietileno.

.- Son diez mil pesos.

Cuando Ingrid se iba a meter el *perico*, Dalila le recordó a Holmes que él aún tenía derecho al supercombo.

.- No, gracias, Dalila. Sólo me interesa estar con la negra.

Ingrid era una experta inhaladora de cocaína. Con sus dientes delanteros, abrió la bolsa, metió la uña de su dedo meñique e inhaló el alcaloide.

.- Ah, es de buena calidad -dijo- Mi amiga Dalila siempre vende buena mercancía.

Le ofreció a Holmes, pero él no aceptó. Holmes había consumido cocaína en su juventud, pero después de una gastritis que le había perforado el estómago, la había abandonado.

.- Ingrid, ahora sí, cuéntame quién te mató.

.- Todo comenzó la noche de navidad. Yo trabajaba aquí desde que me tocó huir de mi pueblo. Un día vino un joven y me escogió. A mí me pareció que yo lo había visto en alguna parte.

El hombre era muy elegante. Cuando entramos a la habitación del placer, me pidió que me desvistiera y se la mamara. Cuando terminamos, se vistió y se fue. Aquella noche me pagó muy bien.

Luego volvió en la noche de navidad. Apenas lo vi, me emocioné porque pensé que él podía sacarme de esta vida. Después de bebernos unos tragos, subimos a la habitación del placer. Empecé a desvestirme, y apenas me acerqué a él, ví cuando sacó de su bolsillo una pistola y me disparó en el corazón. En la agonía de mi muerte, lo volví a ver y descubrí que esos ojos eran los mismos que le habían disparado a mis padres.

Holmes quedó estupefacto. Se sirvió un ron, y le preguntó:

.- ¿Cuántos años tenías cuando mataron a tus padres?

.- Doce. Era aún una niña. Mis padres y yo vivíamos en El Edén. Los hombres llegaron con lista en mano, y nos obligaron a salir. Yo logré saltar por la ventana de la cocina y esconderme en el río. Desde allí escuché los disparos.

.- Luego, ¿qué hiciste?

.- Esperé toda la noche escondida en los humedales del río. Al día siguiente, cuando vi que los hombres se habían ido, me acerqué y encontré a mi familia muerta.

.- ¿Cuántos eran los hombres que incursionaron en la casa?

.- Nueve. Mis viejos eran gente sencilla y trabajadora. Mi padre era pescador. Mi madre hacía sancocho de pescado para los turistas que los domingos llegaban a bañarse en el río.

El Edén es el pueblo más bello del mundo. Está metido entre la selva y el mar. Por un costado pasa el río que desemboca en el mar. Allí, en el río, yo pasé mi infancia. Yo nunca había conocido una ciudad. Vine a conocerla cuando me vine para Cali.

.- ¿Cómo llegaste a la ciudad?

.- Al día siguiente que enterramos a mi familia, el ejército vino y me avisó que me volara porque los “Paras” me estaban buscando. Caminé varios días atravesando selvas, valles y montañas. Cuando llegué a Potrerito, tomé una *chiva* que me trajo hasta la ciudad.

Aquí me alojé en el barrio Mojica, en casa de una comadre de mis padres que vivía con un zapatero. El zapatero me obligaba todos los días a limpiar parabrisas de autos en los semáforos de la autopista. Cuando llegaba la noche, me quitaba el dinero que había hecho durante el día. Un día que no estaba mi comadre, intentó violarme. Entonces, huí de la casa.

- ¿Cuántos años viviste con ellos?

- Tres años. Luego dormí en parques y debajo de los puentes. Para mitigar el hambre inhalaba pegante Boxer, del mismo que usaba el marido de mi comadre para pegar los zapatos.

Hasta que una noche, mientras recorría la autopista sur, descubrí la casa de doña Jenny, y pedí trabajo.

Jenny me regaló una blusa, una falda y unos zapatos de tacón; me maquilló, me peinó, y luego, cuando quedé como toda una reina de belleza, me presentó a las muchachas. “De ahora en adelante te llamarás Ingrid”, dijo.

Holmes escuchó la historia. Algunos datos coincidían con el caso de El Edén, que él llevaba desde hacía un año. ¿Ingrid era la joven que se había salvado de la matanza ocurrida en ese caserío perdido del Pacífico? Y en ese caso, ¿ella podría ser clave en la investigación que él llevaba para descubrir a los responsables?

Si esto último era cierto, Holmes podía avanzar en la investigación más rápido de lo que había pensado, y dar con los asesinos. Pero tenía un problema. ¿Cuál era el nombre verdadero de Ingrid? Sin más preámbulos, le preguntó:

- Ingrid, ¿cuál es tu nombre verdadero?

- ¡Eso nunca se lo voy a decir! ¡Jamás le daré mi nombre verdadero! ¡Así como tampoco le daré un beso en la boca! ¡Son las reglas de la casa!

- ¿No me vas a dar un beso en la boca?

- ¡No!

- Ingrid, por favor, bésame.

- ¡Jamás!

Y se puso furiosa:

- ¡¿Quién es usted para que yo le de mi nombre?! ¡Con seguridad, usted es uno de ellos y ha venido hasta aquí porque me quiere rematar!

La tuvieron que subir a la habitación y acostarla en la cama. Allí Holmes la contempló en toda su inmensidad, y pensó: “menos mal que es sólo un fantasma”.

Holmes estuvo toda la noche repasando su cuerpo minuciosamente, como si fuera un cirujano plástico: su extensión de pelo postizo que le llegaba a los hombros; su frente alta y su nariz fina; sus ojos tristes y verdes, como el mar; su boca grande y húmeda; sus pezones erectos; su pequeño orificio en el pecho; su pubis largo y recién rasurado; y las uñas tatuadas de los pies.

Deseó hacer el amor con ella, pero al saber que la que estaba allí era un alma en pena, se sintió un ser perverso que busca placer entre los muertos.

- Si me diera su nombre verdadero... -y se quedó dormido al lado de ella-

Cuando despertó, el fantasma no estaba allí.

## 3

El primer viernes del mes de mayo, Holmes llegó a la puerta del burdel, ansioso por hablar con Íngrid. Había descubierto varios datos claves que necesitaba corroborar con ella. Entre ellos, que en El Edén no sólo habían caído sus padres sino también sus dos hermanos menores y dos adultos, que podían ser sus tíos. Él no sabía por qué razón Íngrid había omitido este dato. Con seguridad, cuando se producen estos casos tan dolorosos, la memoria tiende a olvidar cierta información que luego se convierte en obstáculo para una investigación. La memoria borra algunos elementos de la escena y sólo recuerda a sus víctimas más destacadas. El segundo dato que necesitaba cotejar era el número de los verdugos que habían participado en el genocidio. Íngrid hablaba de nueve. Holmes encontró que eran doce. Esta información le importaba, pues cuando se trata de crímenes colectivos, muchos asesinos evaden la justicia porque la información no es precisa. Pero también, hay que decirlo, es muy difícil cotejar estos datos con el sobreviviente, pues en aquel momento la memoria no está en capacidad de hacer operaciones matemáticas, y cada vez que la recuerda tiende a tergiversarla. El último dato es que la niña, que había escapado, no tenía doce años, como dijo Íngrid, sino quince. Quizás ella no sabía exactamente su edad; o como es costumbre entre las mujeres, se quitó tres años para aparecer más joven.

Holmes se sorprendió al descubrir que esta pequeña vanidad femenina también era una virtud de los aparecidos.

Celeste, que estaba cuidando la puerta, saludó y le dijo:

.- Buenas noches, Holmes. Tengo que informarle que el fantasma no está.

.- ¿Cómo así? ¿Acaso hoy no es el primer viernes del mes?

.- Sí, pero desde la última vez que se emborrachó, no volvió. Sólo dejó un mensaje en el espejo del tocador.

.- ¡No puede ser! ¡Necesito con urgencia hablar con ella!

.- Doctor Holmes. De pronto al fantasma se le presentó un trancón en la autopista, y llega más tarde. Entre. Usted es bienvenido a esta casa.

Y entró.

Adentro, las muchachas estaban recostadas en la poltrona de las caricias. En el monitor de la pared se rodaba un video porno.

Jenny se acercó a Holmes. Estaba disgustada con él.

.- Desde que usted la empezó a llamar, Ingrid es un alma atormentada. Doctor Holmes, ¿por qué no se consigue a otra niña y la deja en paz?

.- Necesito hablar con ella. Tengo algo muy importante que decirle.

.- Ay, Holmes. Cuántas veces le he dicho que ella ahora pertenece al mundo de los acostados. Lo único que necesita de los vivos es que la dejemos en paz. ¿Sabe qué hizo la última vez que usted la visitó? Dejó pintado un letrero en el espejo, con su lápiz labial.

Camine vamos a verlo.

Holmes hizo el ascenso a la habitación del placer, seguido de Jenny; cuando abrió la puerta, leyó el letrero escrito en letras escarlatas:

“Ingrid ama a Holmes”.

Firmado,

“El fantasma”.

.- Holmes, usted la tiene trastornada. Por esto le digo que la deje en paz. A los fantasmas es mejor dejarlos quietos para que no se alboroten. Yo, mejor, le presento a una niña bonita y sin problemas.

.- ¿Por qué no vino esta noche?

.- No sé. No conozco el alma de esos espantajos. A lo mejor ya está en su tumba, descansando.

.- ¿Sabe usted cuál era su nombre de origen?

.- Sí, pero es regla de la casa no dar nombres verdaderos. Menos a policías, como usted.

.- Yo no soy policía. Soy fiscal -y le mostró el carné-.

.- Los fiscales son policías de saco y corbata -concluyó Jenny-. Holmes, recuerde que todavía tiene derecho al supercombo. ¿Le llamo a las muchachas? Vea que ya se está aburriendo.

.- Llámelas.

Con sus bikinis de lentejeuelas y sus zapatos de tacón alto, las muchachas comenzaron a desfilan.

.- Hola, Holmes. -lo saludaron con confianza- Esta noche tu hermoso fantasma no va a llegar. ¿Me invitas a un trago?

Holmes las contempló, una por una, y escogió a Dalila, la expendedora de cocaína.

La india de piel cobriza se presentó con un bikini amarillo y unos zapatos de cristal. En el empeine del pie derecho lucía una cicatriz.

- ¿Me puedo sentar?

- Por supuesto.

-¿Qué quieres beber?

- Una copa de vino.

- Tú conocías bien a Ingrid, ¿no?

- Conocerla bien, no sé. Era mi amiga.

- ¿Qué me puedes decir de ella?

- Ingrid era una mujer bacana. Solidaria. En este medio todo el mundo es una porquería. Cuando me iba mal, y no tenía nada que llevar a casa, ella partía su dinero que se había hecho, y me lo daba. Para qué, pero la negra era super bacana.

- Pensé que todas aquí se ayudaban.

- ¿Ayudarse? ¡Nooo! Aquí esto es una guerra. Es 'sálvese quien pueda'. Si una tiene un cliente bueno, se lo quieren quitar. Si una deja un vestido nuevo en el closet, se lo roban. Si le va mal con un cliente, todo el mundo le voltea la espalda. En cambio, la negra...

- ¿Cuándo la conociste?

- Cuando ella vino, yo ya trabajaba aquí. Ella era una adolescente cuando llegó. ¡Bonita, la hijueputa! Se mandaba un culo y unas piernas de infarto. Por su belleza, comenzó a monopolizar el negocio. Las otras comenzaron a cogerle envidia. Ingrid era muy ingenua. Yo fui quien le abrió los ojos. Le decía qué cliente era una gonorrea y quién no. Porque de gonorreas, ¡ustedes!, que se las pican de doctores. Y permíteme la franqueza, Holmes.

- Tranquila, Dalila.

- Vea, aquí vienen clientes bien vestidos, que lo invitan a una a hacer porquerías. No lo digo por usted, que es un caballero. Lo digo por otros que vienen y lo humillan a una con su

plata. Una vez yo tuve un cliente que era muy importante y me pagaba para que lo golpeará con una correa. Otro entraba conmigo, me compraba todo el *perico* del mundo y se lo metía. Pero nunca me tocaba. Me imagino que usted no es uno de esos.

.- No. De verdad, ¿Ingrid era muy bonita?

.- Era una chimba. Ni para qué le cuento. Cuando nos daban permiso y salíamos al centro a comprar ropa, el tráfico se paraba. Los hombres se salían por la ventanilla del auto, y le gritaban groserías. A mí me parecía todo eso muy divertido. Para ella, yo era como su mamá. No se imagina los regalos que me daba cuando le iba bien. Cadena de oro comprada en la platería Ramírez, Perfume Chanel No 5; brasileras importadas de San Andrecito.

A cambio de eso, yo la protegía, y le dejaba en su closet su *perico*.

.- ¿Cuánto tiempo alcanzó a trabajar aquí?

.- Un año. Doña Jenny la recogió de la calle. Decían que era una desplazada.

.- ¿Te contó algo de su pasado?

.- Sí; que a sus padres los habían matado en El Edén. Pero no le gustaba hablar de eso. Ella se volvió muy amiga mía, y me iba a visitar los domingos a El Poblado. Ingrid fue la madrina de bautismo de mi último hijo. ¡Era tan *bacana*! ¡Hasta que la mataron! Bueno, Holmes, ¿usted ha venido a investigarme? Subamos a la habitación del placer, porque yo estoy trabajando, y no puedo perder plata.

Ascendieron a la habitación del placer, y cuando ella se desnudó, Holmes cogió su vaso de ron, y le dijo:

.- Dalila, sólo quiero conversar contigo. No te preocupes por el dinero; yo te pago.

.- Ah, usted es como los otros. Que primero lo *arrechan*, y después lo dejan iniciado.

.- No, Dalila, no es eso.

.- ¡Ya sé! ¡A usted le gusta es hacer el amor con fantasmas! ¡Con hembras de carne y hueso, como yo, no!

.- No, eso no es cierto.

.- ¡Aquí todas ya nos hemos dado cuenta! ¡Hace el amor con fantasmas y evita a las mujeres! Holmes, si no quiere hacer el amor conmigo, invítame a un *perico*.

.- Bueno.

Dalila destapó una bolsa de polietileno y se metió el alcaloide.

Hubo un silencio entre los dos. Luego, Holmes preguntó:

.- ¿Tú sabes quién la mató?

.- Un “Paraco”. Fue en la noche de navidad. Sé que al final no le cumplí a mi amiga.

.- Dalila, ¿tú eres drogadicta?

.- No. De vez en cuando me meto uno para inspirarme. Cuando lo hago, los pericos cantan en mi cabeza. ¿Sí sabes quién era periquera a morir?

.- ¿Quién?

.- Mi comadre Ingrid. Decía que el *perico* la ponía arrecha.

## 4

Íngrid está sentada en la poltrona de las caricias, arreglándose las uñas.

Apenas ve a Holmes se le acerca y le cuenta que el mes pasado no había podido venir porque estaba visitando a sus padres, en el reino de los muertos.

Allí, con ellos, compartían miles de hombres, mujeres y niños inocentes que habían sido asesinados por los “Paras”. Estaban juntos. Todos esperaban un salvoconducto para descansar en el reino de los cielos.

Íngrid le dijo que a sus padres les había llevado pescado, tostadas de plátano fritas y dulce de coco. Le contó que sus padres habían perdonado a los autores de la masacre, pero reclamaban justicia por parte del gobierno.

El fantasma de Íngrid se sentó al lado de Holmes, y le dijo:

- .- Me di cuenta de todo. Estuviste con Dalila.
- .- Sí. ¿Acaso hay algo malo en eso?
- .- No. Pero, ¿hiciste el amor con ella?
- .- No. Tú sabes que sólo hago el amor con fantasmas.

Íngrid se tranquilizó.

- .- ¿Qué te contó mi comadre?
- .- Que tú eras buena con ella.
- .- Ella también era buena conmigo. Cuando llegué aquí, yo era una boba. Ella me enseñó a cuidarme de tanto malandrín que pasa por aquí. Nos hicimos tan amigas, que yo fui la

madrina de su último hijo. Lo que más extraño de ella es su compañía. Aquí la soledad es muy dura. La noche en que no había clientes, nos encerrábamos en su cuarto a conversar y a meter *perico*.

.- Dalila me contó que a ti la cocaína te pone *arrecha*.

.- Holmes, ¿hasta eso te contó mi comadre?

.- Me dijo que la única vez que no pudo protegerte fue aquella noche del asesinato. Estaba muy sentida por eso.

.- Sí. Ella y yo creíamos que el tipo que llegó aquella noche era un caballero. Ambas nos equivocamos. Si una en este trabajo se equivoca, pierde. Aquí el que se enamora, ¡pierde! Y ambas perdimos. Yo, porque perdí mi vida; Dalila, porque perdió a una amiga.

.- Ingrid, tengo que confesarte algo.

.- ¡¿Qué?! Ahora no me vas a decir que tú también eres uno de ellos.

.- No. Soy Fiscal, y quiero ayudarte.

.- ¿Cómo puedes ayudar a un fantasma?

.- Yo llevo el caso de El Edén.

.- ¡¿Y qué has descubierto?! ¡Aquí la justicia es un fiasco!

.- Descubrí que en El Edén murieron dos tíos tuyos.

.- ¡No puede ser! ¿Murieron mis tíos Enrique y Ángela?

.- Sí.

.- ¿Por qué lo había olvidado? Ahora que tú lo cuentas, lo recuerdo. Ellos habían llegado de Tumaco, y se habían alojado en casa de mis padres. Venían en busca de trabajo. Mi tía Ángela me enseñó a bordar blusas.

.- Investigué también que los hombres de la masacre no fueron nueve sino doce.

.- Seguramente, tienes razón -dijo Ingrid-. En la confusión, sólo advertí a un grupo de hombres, con sus pasamontañas, con sus camuflados y con sus gruesos fusiles. Lo único que quedó grabado en mi memoria fueron los ojos del hombre que le disparó a mis viejos.

.- Tu padre se llamaba Juan Balanta, y tu madre Carmen Arias. Ambos eran de El Edén.

.- Sí.

Ingrid lloró en silencio, y le pidió a Holmes que le ayudara a esclarecer el múltiple crimen.

.- ¿Sabes que antes de esto en mi pueblo nunca hubo muertos? O sí los hubo. Un domingo, un joven poeta se ahogó en el río por salvar a su novia. Murió por amor. En cambio, esos asesinos que matan por nada.

.- Ingrid, dime, ¿cuál es tu nombre verdadero?

.- ¡Eso jamás te lo voy a decir!

.- ¿No me pediste que te ayudara?

.- Sí, pero no debo romper las reglas.

.- ¿Me das un beso en la boca?

.- ¡Menos! O, acaso, ¿Dalila te besó?

.- No. Ni me acosté con ella. Tú sabes que sólo hago el amor con fantasmas.

Ingrid se sonrió. Subió las escaleras contoneando las caderas. Atrás iba el fiscal olisqueándole el trasero.

Ingrid y Holmes volvieron a hacer el amor.

El primer viernes del mes de junio hacía un calor espantoso en la ciudad.

Jenny puso el aire acondicionado a toda velocidad. En la televisión, un grupo de secuestrados por la guerrilla leía un mensaje al Presidente de la República:

“Excelentísimo señor Presidente de la República:

Los hombres y mujeres que van a morir

¡lo saludan!”.

Como de costumbre, Holmes se acercó a la poltrona de las caricias, pidió la misma dosis de alcohol, y se sentó a escuchar el mensaje de los secuestrados.

Jenny sirvió, y le dijo con cierta malicia:

.- El fantasma no llegó. Recuerde que todavía tiene derecho al supercombo.

.- Carajo, Jenny, ¡¿qué es eso del supercombo?! -Holmes estaba irritado-.

.- Paga un servicio y lleva dos.

.- Bueno, llame a Dalila, y a quien sea.

.- Le voy a llamar a Dalila y a la niña más culta de la casa: Lina. ¡Dalila y Lina, por favor! A la poltrona número cuatro.

Cuando Holmes levantó los ojos, vio a Dalila, acompañada de una joven hermosa. Lina era blanca, cejijunta, de ojos grandes, cafés. Llevaba puesto un bikini azul y unos zapatos de punta. Las dos jóvenes se sentaron y pidieron vino. Dalila comenzó a hablar:

- Holmes, te presento a Lina. La niña viajera que tenemos en la casa.

- Mucho gusto, señorita. Así que usted ha viajado mucho.

- Sí, tío -respondió Lina, con un fuerte acento hispánico-; he estado en España y Alemania.

- ¿Por qué se vino?

- En Madrid trabajé en un bar de alterne, y me sacaba mis buenos euros. Luego, una amiga me convenció que nos fuéramos a Berlín porque allí se ganaba más. En Berlín trabajé seis meses hasta que una noche cayó la policía, y como no tenía papeles, me deportaron.

A mi me hubiera gustado quedarme en la madre patria, porque allí todo es de puta madre. La comida, las tascas, los tíos, y hasta las tías. Una vez me conseguí un viejo cachondo, jubilado del gobierno, que me daba buenos regalos.

- ¿Por qué te dejaste convencer de tu amiga?

- Por gilipollas. En la vida una nunca debe ser gilipollas.

- ¿Eras ilegal?

- No. En esa época, en España, aún no se necesitaba visa para entrar. Y aunque no tenía papeles, podía trabajar al “negro”.

- ¿Por qué nunca arreglaste tus papeles?

- Eso era lo que siempre me decía Paco. Que fuera a la comisaría de Policía y me presentara. Pero vosotros sabéis que a las fufurufas, apenas nos hablan de policía, se nos ponen de punta los pelos de la cuca.

- ¿Por qué no te casaste con el viejo?

- Era separado, pero no divorciado. Paco se había casado con una tía de Alcalá de Henares y había tenido dos hijos con ella. Él era maravilloso conmigo. Los domingos, cuando no iba a trabajar, me llevaba a pasear al Prado. Allí comenzó a gustarme el arte. Se me erizaba la piel cuando estaba frente a un cuadro de Goya o de Picasso. Él me regalaba novelas que yo devoraba cuando no había nada que hacer en el trabajo. En el bar de alterne leí a Cervantes y a Quevedo. Me gustó mucho *El celoso extremeño* de Cervantes y los escritos dedicados al culo, de Quevedo.

- Lina, ¿has escrito algo?

- Llevo un diario. Pero no lo quiero publicar porque he anotado cosas terribles de mi vida. No soy escritora. Prefiero ser lectora y folladora.

- ¿Follas rico?

- ¡Eso que lo digan los tíos y las tías de España! Cuando viví allá, me decían que era una artista en esas lides.

- ¿Qué pintores te gustan de aquí?

- El año anterior pasaron por aquí los pintores Correa y Pombo, y nos pidieron que posáramos desnudas.

- ¿Les pagaron?

- Por supuesto. La obra se la vendieron a unos narcos de la ciudad. El día de la inauguración nos invitaron, y riéte, tío. Nosotras, con esa cara de fufurufas que nos mandamos, compartiendo al lado de las señoras de la

alta. Era muy divertido.

.- Lina, ¿si vivías bien en Madrid, por qué te fuiste?

.- Ya te lo dije, tío. Por creerle a esa *gilipollas*. No te imaginas, cuando me despedí de Paco. Al pobre casi le da un infarto. Luego, me escribía unas cartas largas donde me rogaba que regresara.

.- ¿Por qué no lo hiciste?

.- Porque en Berlín me tenían día y noche encerrada en la casa donde me contrataron.

Éramos veinte chicas de todo el mundo. Diez latinas, cinco árabes, tres asiáticas, una española y una alemana. Nos tenían como prisioneras, y no nos dejaban salir. Nos alimentaban con *choucroute* y salchicha al vapor. El cliente llegaba, escogía la niña que le gustaba, y enseguida, para la cama. Ni siquiera había posibilidad de beber un trago con él. Luego, venía otro cliente, y así hasta el amanecer. Una vez, intenté escapar con una argentina, y nos pillaron. Hasta que cayó la policía. Al dueño lo metieron a la cárcel. A las latinas nos mandaron a nuestras casas.

.- ¿Eras amiga de Ingrid? -insistió Holmes-.

.- ¡Qué te pasa, tío! Aquí nadie es amiga de nadie. La única amiga de esa niña era Dalila. Me imagino que ella te contó la historia. Yo la veía cuando venía a trabajar, pero no más. ¡Joder!, ¿por qué alucinas tanto con esa alma errante? ¡Déjala en paz, que una noche va a venir a jalarte los pies!

.- Lina, eres una mujer aguerrida.

.- Bueno, tío, subamos a la habitación del placer. Yo no estoy aquí de vacaciones.

Dalila se acercó al oído de Lina, y le dijo que Holmes sólo hacía el amor con Ingrid.

.- Ah, qué perverso el gilipollas. De modo que follas con fantasmas, y nos niegas el placer a nosotras -dijo Lina, y añadió-. Subamos a la habitación del placer.

Y subieron.

.- Bueno, tío, ¿qué queréis que hagamos? -preguntó Lina-.

.- Lo que ustedes quieran.

.- Ya lo decía, este tío nos salió gilipollas. -añadió Lina-.

Lina y Dalila subieron al potro de los deliciosos tormentos. Cuando sus cuerpos quedaron entrelazados, comenzaron a quejarse como un par de lobas hambrientas.

## 6

Holmes llamó a Gracia, su mujer, por el celular. Ella le dijo que no podía acercarse porque una moto sospechosa estaba día y noche rondando la casa. Para mayor seguridad, el fiscal pensó en irse a vivir a un hotelito de la autopista, cerca de “Jenny’s”. Luego le preguntó si ella se sentía segura en la casa. “Sí”, dijo la mujer, y le contó que Lunero se había convertido en su guardaespaldas. “Gracia, ¿Lunero sí me extraña?”. “Al principio, sí, pero luego tomó partido por mí. Tú sabes que una no escoge a los gatos como compañía. Son ellos los que lo eligen a uno”, dijo.

Holmes apagó el celular y lo tiró al caño de aguas negras. Luego compró dos mudas de ropa en un *Outlet* de la esquina, y con un nombre supuesto se registró en el hotel.

En la habitación abrió el computador donde tenía todas las fichas del caso El Edén: Fotos, huellas, indicios y testimonios. Sólo faltaba el nombre verdadero de Ingrid. Pero esta información la conseguiría en la casa de Jenny. “Si mis colegas de la Fiscalía son diligentes, podía hacer que los asesinos cayeran de un momento a otro. Entonces, por fin se haría justicia con el caso El Edén”. El fantasma de Ingrid podía descansar en paz; y él volvería a casa, compraría tiquetes de avión para su mujer y Lunero, y se irían a descansar a Cartagena de Indias.

En el pequeño hotel, que estaba situado en diagonal a la casa de Jenny, y desde donde podía contemplar la habitación del placer, Holmes se sentía seguro. Era difícil que los asesinos imaginaran que allí se escondía el fiscal más peligroso para las bandas de paramilitares que asolaban al país. Los asesinos no iban pensar que un hotelito de mala muerte pudiera servir

de centro de operaciones para un fiscal tímido e introvertido, que un día había abandonado la poesía para convertirse en un perro sabueso.

Se asomó por la ventana y vio la habitación del placer. El espejo, el tocador, la cama, el potro de los deliciosos tormentos, el nochero y el armario, donde Íngrid guardaba las brasileras con las que desfilaba.

Se recostó en la cama. Abrió el libro de Eliot, y alcanzó a leer tres líneas, porque enseguida se quedó dormido.

“¿Aquel cadáver que plantaste el año pasado

[en tu jardín,

Ha comenzado a germinar? ¿Florecerá

[este año?

¿O la repentina escarcha perturba su

[lecho?”

Aquella noche soñó que el hombre que había asesinado a la familia de Íngrid, entraba a su apartamento, asesinaba a su mujer y a su gato Lunero. Abajo lo esperaba un hombre en una moto. Luego, huía con él, tomaba la autopista sur, entraba al hotel, y lo encañonaba. Cuando sonó el disparo en su cabeza, Holmes despertó asustado. Estaba bañado en sudor.

## 7

Como una culebra zigzagueante, la fila de mujeres se movió y se acercó hasta la poltrona número cuatro, a donde siempre se sentaba Holmes.

Al ver que Ingrid esta noche tampoco desfilaba, se detuvo en una mujer pequeña, de bikini rojo y botas altas, que llevaba un neceser en su mano derecha.

La observó de arriba abajo, y la invitó a sentarse.

.- ¿Cómo te llamas?

.- Viviana. Pero me dicen Vivi.

.- Hola, Vivi. ¿Qué te vas a tomar?

.- Una copa de vino.

.- ¿Qué llevas allí? -Holmes señaló el neceser-.

.- Son mis herramientas de trabajo.

.- ¿Qué haces?

.- Soy masajista profesional. Llevo cremas, aceites y ungüentos.

.- ¿A qué horas trabajas?

.- Veinticuatro horas. -Le mostró el celular que llevaba terciado en su cintura-.

.- ¿Atiendes a todo el mundo sin excepción?

.- Atiendo a todo el que pida el servicio. Hombres, mujeres, maricas, blancos, indios, negros, mancos. Soy una trabajadora social que recorre la ciudad de sur a norte y de occidente a oriente, brindándole armonía a esos cuerpos

maltratados por la vida.

.- ¿A quién te gusta masajear? ¿A los hombres o a las mujeres?

.- Me da igual. Para mí todos los cuerpos son iguales.

.- ¿Cuál es la parte del cuerpo que más te gusta masajear?

.- La cabeza.

.- ¿Y a los clientes?

.- Los pies. La gente no resiste que le toquen los pies.

.- ¿Hay gente que se excita?

.- Sí.

.- ¿Qué haces cuando esto sucede?

.- Les digo que si quieren un servicio extra, deben pagar.

.- ¿Cómo así? ¿Tienes varias tarifas?

.- ¡Claro! Hay tarifa por el tiempo y por el tipo de servicio. Un masaje simple por media hora vale veinte mil pesos. Un masaje compuesto por el mismo tiempo vale treinta mil. Un servicio extra vale cincuenta mil.

.- ¿Cuál es la diferencia entre un masaje simple y uno compuesto?

.- El masaje simple es para relajarse. El compuesto se detiene en algunas zonas específicas, y se hace en profundidad.

.- Y cuando alguien se excita, ¿qué pasa?

.- Le sugiero el servicio extra.

.- ¿En qué consiste el servicio extra?

.- Depende. Si es un hombre quien se excita, me pongo guantes y empiezo a masajearlo fuerte. Si quiere desarrollarse, tiene dos opciones: venirse afuera

o venirse en mi boca. Cuando prefiere la segunda opción, el servicio vale el doble.

.-¿Si es una mujer?

.- Las mujeres son más serias que los hombres. Pero, a veces, claro, no falta una machorra que quiere que una le sobe el gallo.

.- ¿Y lo haces?

.- Sí. El servicio extra vale el doble.

.- Vivi, ¿cuánto me cobras por un masaje?

.- A usted, Holmes, por ser de la casa, le hago una rebaja del diez por ciento.

.- Viviana, ¿tú conociste a Ingrid?

.- Sí, la conocí. Dígame, Holmes, ¿se va a hacer el masaje o no?

.- Sí, más tarde. Antes quiero que me cuentes cómo conociste a la negra.

.- Yo le vendía las cremas para el cuerpo. Luego, cuando nos hicimos amigas, nos encerrábamos en su cuarto; mientras yo le masajebaba el cuerpo, ella me contaba historias de su vida.

Nunca había tenido ante mis ojos un cuerpo tan hermoso.

.- ¿Qué te contaba?

.- Muchas cosas. Me dijo que ella nunca iba a poder superar la tristeza que le dejó la muerte de sus padres. Que un día lo iba a abandonar todo, y se iba a largar del país.

.- ¿Te contó si alguna vez estuvo enamorada?

.- Sí. Me contó que una vez se enamoró de un poeta. Pero lo tuvo que dejar porque al poeta le gustaba vivir en el infierno. Bueno, Holmes, ya estoy cansada

de hablar. ¿Subimos por el masaje?

.- Bueno.

Holmes pagó la cuenta y subieron a la habitación del placer. Allí Viviana le ordenó que se desnudara. Cuando se subió en su cuerpo, le preguntó:

.- ¿Simple o compuesto?

.- Simple.

Viviana comenzó a masajearlo. Primero el cuello, luego los hombros y los brazos. Cuando llegó a los pies, a Holmes se le comenzó a despertar el animal que llevaba dormido entre sus piernas.

Viviana lo miró de reojo, y le recordó:

.- Si quiere un servicio extra, ya sabe que vale el doble.

Respiró profundo para evitar la excitación, pero las manos fuertes y sensuales de Viviana eran más poderosas que su voluntad.

No pudo contenerse.

.- ¿Servicio extra? -preguntó Viviana-

.- Sí -dijo Holmes, culposo, pero feliz-

.- ¿Se va a venir afuera o en mi boca?

.- En la boca.

Viviana se puso los guantes profilácticos, y empezó a mamársela. Lo hacía con una destreza tal que podía competir en las Olimpiadas del Sexo.

Cuando terminó, tiró los guantes a la basura, metió las cremas en el neceser y se despidió de besito en la mejilla.

El dinero que Holmes le dio lo guardó entre sus tetas.

## 8

El primer viernes del mes de julio, florecieron los güalandayes en la ciudad. Había árboles rojos, amarillos y lilas. Holmes salió del hotel, y prefirió desayunar en la panadería del barrio. Nunca había estado en un barrio del oriente de la ciudad. Pidió un vaso de naranja, huevos revueltos y café con buñuelos.

Cuando estaba desayunando, se acercó Celeste a comprar café. Se había quitado el uniforme de cancerbero, y llevaba puesta una gorra de los peloteros de Boston, una camiseta de “Aguardiente Blanco”, jeans y zapatos tenis.

.- Hola, doctor Holmes ¿qué hace usted por aquí? La casa no abre sino a las ocho de la noche.

.- Hola Celeste -respondió Holmes-. Pasaba por aquí y me detuve a desayunar.

.- No le creo, doctor. Usted está rondando por la casa, para ver si se topa con el fantasma. ¿Sabe que se esfumó y no ha vuelto desde hace dos meses?

.- No. Le juro que no lo estoy buscando.

.- No creo, doctor Holmes, ¿Por qué no se olvida de todo esto? Usted sabe que los fantasmas existen en la cabeza de los hombres. ¿Por qué, mejor, no va donde un siquiatra?

.- Celeste, usted me está insinuando que estoy loco.

.- No, doctor Holmes, le sugiero que vaya donde un médico. A lo mejor el caso El Edén lo tiene estresado.

Celeste pidió que le llenaran una jarra de café, y que le empacaran una docena de buñuelos. Cuando se iba a ir, Holmes pensó que era muy importante hablar con él, y lo invitó a sentarse.

.- Celeste, ¿quieres tomar un café?

.- Bueno, pero no me puedo demorar.

El fiscal se imaginó que el café y los buñuelos eran para las muchachas.

.- ¿Llevas mucho tiempo trabajando con Jenny?

.- Tres años.

.- ¿Cómo conociste a Jenny?

.- Por medio de su marido. Yo le lavaba su auto.

.- ¿Qué pasó con su marido?

.- Lo mataron. Era un hombre que trabajaba para don Berna. Doña Jenny heredó el negocio.

.- ¿Qué hacía antes?

.- Era ama de casa. Tenían tres hijos. Están estudiando en Nueva York. Ella es una viuda del narcotráfico.

.- ¿Los hombres la pretenden mucho?

.- Sí. Como saben que tiene plata, la llaman a sentarse. Usted sabe. A la casa llega gente muy importante.

.- ¿Gente como quién?

.- Funcionarios del gobierno, abogados, periodistas, pintores, poetas.

.- Y asesinos -agregó Holmes-. ¿Doña Jenny acepta las propuestas de los pretendientes?

.- No. Ella es una mujer discreta.

.- Me imagino que tiene su *tinieblo*.

- Sí, pero es secreto de la casa.

- ¡No joda! Cerbero.

- Doctor, se lo voy a confesar, pero nunca se lo vaya a contar a Jenny. Tiene de amante a un *duro* del ejército. El comandante Samudio. Por eso el negocio nunca cierra; ni siquiera cuando hay ley seca.

- ¿Tú eras amigo de Ingrid?

- Sí; desde que llegó le cogí cariño.

- ¿No advertiste nada cuando vino por primera vez el asesino?

- No. Si hubiera sospechado algo, no lo hubiera dejado entrar. En este negocio se ven caras, menos corazones. Yo vi al tipo tan bien plantado, que me pareció un hombre decente.

- ¿Cómo sucedieron las cosas?

- En la noche de navidad. Ingrid estaba muy triste porque no tenía a dónde ir. Cuando llegó el tipo, ella salió a recibirlo. El hombre se bajó, me dio una propina para que le cuidara el auto, y se sentó con ella, en la poltrona número cuatro. Aquella noche bebieron bastante. Ingrid estaba embriagada y comenzó a bailar. Se veía muy contenta. Luego, un poco antes de medianoche, subieron a la habitación del placer, y después de unos minutos sonó un disparo. Yo subí las escaleras, y cuando entré al cuarto, Ingrid estaba tirada en la cama con un tiro en el corazón. En la subida, me topé con el tipo, que bajaba precipitadamente arreglándose la bragueta del pantalón. Jenny no estaba en ese momento en el negocio. La llamé por el celular, y nadie contestó. Llamé a la policía y nadie contestó. Seguramente la policía andaba enrumbada. Llamé al servicio de ambulancia y el teléfono había colapsado. No me tocó más remedio que llamar a don Fabio, el taxista que siempre nos hace las carreras, y decirle que me ayudara a bajarla y llevarla al hospital universitario.

No te imaginas la congestión que había en la ciudad. Parecía el fin del mundo. En la avenida, casi nos arrolla un auto, que iba en sentido contrario. Cuando llegamos a Urgencias, no había un herido más: niños quemados con pólvora, borrachos intoxicados, hombres y mujeres heridos a bala, como mi niña Ingrid. Cuando el médico de turno la atendió, la negra abrió los ojos, me apretó las manos y me dijo: “Celeste, me mataron”.

Al día siguiente, localicé a Jenny por el celular, y le conté la noticia. Ella se encargó de hacer las vueltas con la policía y con la morgue; al día siguiente la velamos en la Funeraria del Valle. Aún recuerdo la cantidad de muertos que hubo en aquella navidad. Las muchachas fueron llegando a la funeraria. Todas tenían cara de trasnochadas. Doña Jenny la cubrió con un vestido blanco. Nadie vino de su familia. Su familia éramos nosotros. En la caja mortuoria seguía siendo bella. Como cuando llegó por primera vez a la casa.

.- ¿Cuándo fue la primera vez que se apareció?

.- El primer viernes del mes de enero. Jenny había terminado de hacer los riegos de incienso y saumerio en todos los rincones de la casa, cuando la vimos que llegó vestida de blanco y nos saludó. Estaba bella. Su rostro parecía pintado con ceniza.

Aquella noche, Jenny ordenó cerrar, y rezamos hasta el amanecer. Al día siguiente, contrató a un capellán para que sanara la casa. El cura vino; luego de bendecir la casa, nos dijo que cuando los difuntos mueren de una manera violenta, no pueden descansar en paz y regresan a sus casas para pedir justicia. Nos dijo, además, que en el caso de Ingrid, el trauma era peor, pues ella estaba reclamando justicia por el asesinato de su familia.

.- ¿Se siguió apareciendo?

.- Sí. Tú la has visto. Por esto, todos los primeros viernes de cada mes, rezamos el rosario ante el Sagrado Corazón y hacemos un riego de incienso y saumerio.

.- Celeste, ¿Ingrid te ha asustado alguna vez?

.- Sí. Una noche que estaba quedándome dormido en la puerta, me haló el corbatín. Casi me cago del susto. A ella siempre le gustaba hacerme esos chistes.

.- ¿Tú sabes cuál era su nombre de pila?

.- No. Doña Jenny quiso que su nombre verdadero se fuera con ella a la tumba. La enterramos con su nombre de combate: “Ingrid Balanta”. Bueno, Holmes, me voy porque ya se me enfrió el café. Las muchachas me van a matar.

Con su gorra de los peloteros de Boston y su camiseta de “Aguardiente Blanco”, Celeste cogió la jarra de café y los buñuelos, y salió corriendo a la casa de Jenny.

En la habitación del hotel, Holmes aún no sabía si estaba vivo o si estaba en el limbo.

Para no deprimirse, se tomó un Prozac, y con la mano puesta en forma de visera, estuvo contemplando los Farallones de la ciudad para ver a los secuestrados que la guerrilla tiene en su poder. Luego se sentó en el computador a escribirle a Gracia. Ante todo, quería poner sus asuntos al día. Cuando terminó, mandó el correo electrónico, cerró el computador y estuvo desnudo toda la tarde, aburriéndose con la televisión.

En la carta virtual, le confesaba a su mujer que se sentía muy solo. Que no olvidara llamar a su hijo, en Barcelona. Que le pusiera a Lunero la vacuna contra las pulgas, y le limpiara la bandeja de arena.

Mientras veía un programa en Animal Planet, pensó que el amante de Jenny, el comandante Samudio, podía tener alguna relación con el crimen de Íngrid. ¿Por qué razón el “Paraco” llegó hasta la casa de Jenny? ¿Por qué sabía que allí trabajaba la única sobreviviente de la masacre de El Edén?

“Alguien debió darle la información y conducirlo hasta allí”, concluyó.

Por primera vez pensó que estaba en peligro. Jenny sabía todo, y estaba implicada en el crimen. Así mismo, lo está su amante, el comandante Samudio.

Holmes pensó que era necesario actuar con rapidez.

A las siete, cuando comenzó el noticiero en televisión, se vistió, y esperó una hora para ir a la casa de Jenny. Por el noticiero pasaban las imágenes de una masacre cometida entre los indios Wayú, a manos del Frente Caribe. Apagó el aparato, y

cuando llegó a la puerta el negro Celeste le dijo que el fantasma había aparecido el viernes anterior. Parece que está jugando al gato y al ratón.

Holmes entró y se sentó en la poltrona número cuatro. Jenny lo saludó, y le confirmó lo que había acabado de decir el portero: El fantasma de Ingrid los había visitado la semana anterior. Ingrid debe estar burlándose de nosotros, le dijo.

.- Doña Jenny, los fantasmas ya no me interesan –arguyó Holmes-. Venía a divertirme con las muchachas.

.- Lo felicito, doctor Holmes. Yo ya estaba pensando que usted estaba *tocado* de la cabeza. Bueno, le puedo llamar a una chica. Pero tengo un problema.

Usted ya ha probado a todas las chicas.

.- “Probado”, es un decir -advirtió Holmes-.

.- ¿Desea que le llame a una de las mías? ¿O le pido una a domicilio? Es un servicio muy bueno y rápido.

.- No. Llame a una de aquí. Quiero conversar con ella.

.- Le advierto que si las llama para conversar, las niñas se van a aburrir.

.- Ya le dije. Quiero charlar con una de ellas.

.- Pero, igual, tiene que pagar. Usted sabe que las chicas vienen a trabajar y no se les puede salir con cuentos.

.- Tranquila, Jenny. Llámeme, por favor, a Dalila.

El fiscal esperó paciente en la poltrona cuando de pronto oyó la voz de Ingrid que le hablaba desde el interior del espejo:

.- Hola, Holmes, soy yo.

.- ¿Quién está ahí?

.- Yo, Ingrid.

.- ¿Qué haces ahí?

.- Vine a saludarte. ¿Quieres entrar?

.- No, dime, ¿dónde estás?

.- Aquí, al otro lado del espejo. Ven, ¿quieres entrar?

El fiscal dio un grito y se despertó.

10

Parada frente al espejo del tocador, Dalila se desnudó. Lo único que no se quitó fueron los tacones de cristal. Tenía unos senos erectos, que parecía que fueran a embestir. Sus piernas eran de color cobrizo, largas y fuertes. Su pubis era oblongo, y estaba recién rasurado. Su cicatriz, a la altura del pie derecho, era sensual y atractiva.

Dobló las brasileras y las puso en el asiento. Desde la cama, Holmes la observaba de pies a cabeza.

Se recostó a su lado, y comenzó a contar:

“Yo vine del Putumayo, expulsada por la guerra de la coca. Mi padre había sido asesinado en extrañas circunstancias, cuando yo tenía diez años. Mi madre se juntó con un raspachín de coca que le ofreció darle una mejor vida. Yo no quería a mi padrastro porque cada vez que mi mamá iba al mercado, me amenazaba diciéndome que si no me dejaba tocar, me iba a quemar las manos. La coca se la disputaban entre “Paras” y “Guerrillos”.

Una noche llegaron unos hombres armados y preguntaron por mi padrastro. Se salvó porque esa noche estaba en el café del pueblo jugando billar. Al día siguiente, cogimos un jeep y llegamos a Pasto. Luego, continuamos a Popayán y finalmente, llegamos a Cali. Aquí alquilamos un ranchito en El Poblado. Con la plata de la coca, mi padrastro compró una buseta. Él me obligaba a trabajar como ayudante. Una tarde que me rebelé, me cogió

de las muñecas y me violó en el asiento trasero de la buseta. Le conté a mi mamá, pero ella no creyó. Dijo que si seguía inventando cuentos, me echaba de la casa.

Al mes, cuando sentí las primeras náuseas, fui al hospital y le pedí al médico que me hiciera un legrado. El médico me regañó. Me dijo que los abortos los prohibía el gobierno. Yo le contesté que cómo iba a tener un hijo del marido de mi madre. Me respondió que si abortaba cometía un asesinato. Le insistí que no podía tener un hijo de un hombre que había abusado de mi. El médico me aconsejó que lo denunciara; pero que debía tener el niño porque si no era una homicida.

Salí corriendo del hospital. Una vecina me dijo que en el barrio Alameda había una clínica clandestina. La vecina me acompañó. Cuando llegamos, un médico me dijo que el legrado costaba trescientos mil pesos. Sólo tenemos doscientos. Dijo la vecina. Pase, quítese la ropa y acuéstese en la camilla. A las dos horas, salí con las piernas temblando, pero feliz. Por fin había logrado expulsar a ese monstruo que crecía en mis entrañas.

Aquel día, abandoné la casa”.

.- ¿Y esa cicatriz?

.- Me la hice con un tubo de la buseta.

## 11

En Lina todo era grande: sus ojos, sus cejas, su vulva y sus zapatos que terminaban en punta.

Lina se quitó el bikini azul, y sentándose en el asiento de la habitación, dobló sus piernas y prendió un cigarrillo:

“Antes de mi viaje a España, yo era una niña juiciosa y aplicada en el colegio. Vivía con mis padres en el barrio Cuba, de Pereira. Aunque éramos pobres, no nos faltaba nada. Pero una noche, un aguacero se llevó la casa y nos quedamos en la calle. Nos fuimos a vivir al viaducto. Mi padre se volvió reciclador de basura. Mi madre se fue a trabajar en una casa de familia.

Cuando crecí, un hombre que conducía su auto por la plaza de Bolívar, se acercó y me dijo que si quería ganar bien. Le dije que sí, y me contrataron en La Barra. No le dije nada a mis padres. El trabajo era sencillo. Llegaba a las siete de la noche, me ponía un bikini y unos zapatos puntudos, y me dedicaba a atender a los clientes. Desde esa época, mis zapatos preferidos son los de punta.

En ocasiones, algunos clientes me invitaban a compartir en la barra. Otros me tocaban las nalgas, pero de allí no pasaban. Al final, cuando se iban para sus casas, me dejaban una buena propina. El patrón cerraba, contaba los vales y nos pagaba.

Una noche entró un hombre ebrio, y me pidió que subiera a la habitación. El hombre estaba tan borracho, que casi no puede subir las escaleras. Cuando le iba a poner el condón, el hombre protestó. Le dije que yo no hacía el amor sin condón. Entonces, me lanzó un puño en la cara. Yo me defendí, y le clavé el zapato en el culo.

El patrón tuvo que llamar una ambulancia. Desde esos tiempos, mis zapatos tienen fama, de Pereira a Madrid. Zapatos fálicos, los llaman mis amigas, porque con ellos siempre me defiendo de los hombres”.

## 12

En Vivi todo es pequeño: sus ojos rasgados, su boca y su vulva, tan pequeña que parece un estuche de terciopelo donde cabe un alfiler.

“Cuando mi esposo se quedó sin trabajo puso una “oficina” en el barrio. Tenía bajo su mando a tres muchachos de diecisiete años. Contaba con una moto, dos changones y tres guacharacas. Él no hacía directamente el trabajo; era el gerente; el encargado de contactar a los clientes por teléfono y recibir la plata.

¿Oficina de qué? Le pregunté cuando vino con la nueva. Oficina de avalúos y declaraciones de renta, me dijo.

¿Para dónde vas?, le preguntaba cuando salía por la mañana, recién afeitado. Para la oficina. ¿De donde vienes? Le preguntaba cuando entraba a la casa todo despeinado. De la oficina.

Al poco tiempo, mi marido era un hombre con mucho dinero. Compró casa, muebles y auto. A mi me regaló un collar de diamantes.

Los viernes en la noche íbamos a bailar. Los domingos íbamos a misa. Después, nos íbamos a almorzar a las afueras de la ciudad.

Un día que le pregunté de dónde sacaba tanta plata, me dijo: Dios, que es muy grande.

Desde ese día me hice amigo del negrito que le manejaba la moto. Le llamaban Cajambre. Al principio, Cajambre no me decía nada. Me mostraba su dentadura blanca que relucía como el teclado de un piano. Luego me contó que la oficina era la encargada de hacerle la vuelta a las personas que debían algo. La gente paga por amor, por una deuda, por un par de zapatillas deportivas o por una venganza.

Apenas me di cuenta de que mi marido estaba en eso, decidí abandonarlo. Preferí meterme de masajista profesional.

Ahora no tengo lujos. Pero tengo mi conciencia tranquila: hago mi trabajo honradamente, y aunque a veces me salen algunos clientes conejeros, no puedo quejarme: vivo bien y me divierto. A Dios gracias”.

13

Domingo 20 de julio

“Hace un año me deportaron de Alemania. Al principio, esto era bueno. Pero luego, cuando mataron a Ingrid el negocio comenzó a decaer. Era como si lo hubieran salado. ¿Por qué no le hice caso a Paco y me quedé en España?

Si me hubiera quedado allá no tendría que estar viviendo con mi mamá y mis dos hermanos en Charco Azul.

Mi mamá siempre ha privilegiado a los varones. Mis dos hermanos nunca quisieron estudiar y se la pasan metiendo droga en la esquina del barrio.

Charco Azul, bonito nombre. Debería mejor llamarse “Charco Negro” por las basuras que los vecinos tiran al estanque.

Y este antro. Si me hubiera quedado con Paco en España no tendría que estar acostándome todas las noches con la escoria de la ciudad. Allá, por lo menos, la escoria pagaba en euros y una se hacía mucho dinero. Pero aquí pagan con ese devaluado peso. De verdad, no sé qué hacer. No sé si seguir aquí, consumiendo mi vida todas las noches o conseguir una plata y largarme. Pero, ¿cómo? Si una, aquí, no hace ni para el desayuno. Hay que pedirle prestado a Celeste o ir a empeñar el equipo de sonido y quedarse sin música por un mes, dos meses, o toda la vida.

Aquí a todas las fufufuras nos quieren explotar. Piensan que somos unas minas de oro y nos quieren sacar hasta el último centavo. Comenzando por doña Jenny que nos hace trampa en las cuentas; por el comandante Samudio que cada día me ‘echa los perros’ para que se lo de gratis; y por mis hermanos que me roban cuando llego borracha a casa.

Si me hubiera quedado con Paco en España estaría viviendo en un piso con un balconcito sembrado de geranios”.

Los pies de Dalila son peces que nadan en zapatos de cristal. Con las piernas puestas en la pared, Dalila dobla el empeine, y lo primero que se observa es la pequeña cicatriz que le dejó de recuerdo su padraastro.

“Una noche llegó un tipo a la casa de Jenny, y nos llamó a Íngrid y a mí. Lo habían acabado de nombrar secretario de gobierno, y quería festejar. ¿Cómo va la vida?, repetía este estribillo sin cesar. El funcionario del gobierno era simpático y *derrochón*. A las tres de la mañana, cuando ya nos habíamos bebido una botella de güisqui y nos habíamos metido unos cuantos *pericos*, pagó la multa de las dos y nos fuimos a rumbear a la ciudad. Tomamos el taxi de don Fabio. Íngrid y yo nunca nos subíamos a un taxi que no fuera el de don Fabio. Atravesamos la ciudad por la autopista sur. La autopista estaba oscura, y únicamente iluminada por las farolas de los autos que pasaban a grandes velocidades. A la altura de un semáforo vimos un jeep que se había ido al caño. La policía intentaba sacar a los heridos. Llegamos a un bailadero. Era el final de la ciudad. Allí pedimos güisqui y metimos más *perico*. Íngrid y yo lo invitamos a bailar. El tipo dijo que no bailaba, que sólo bebía y metía *perico*. Quería que bailáramos las dos. Íngrid y yo salimos a la pista y bailamos una salsa de Piper Pimienta. En medio de la pista, la negra se me acercó y me dijo

que el *perico* se le había bajado a la cuca. A mí también, respondí. ¿Qué hacemos con el fulano? Lo devoramos entre las dos.

Amaneció. Tomamos el taxi de don Fabio y regresamos a la ciudad. ¿Qué quieren hacer? Nos preguntó el tipo con una lengua pesada, que ya se le caía en el mentón. Vamos a un motel. ¿A cuál? A La Cama Suelta. Entramos a una habitación. El hombre pidió que nos desnudáramos. Luego, él se desnudó. Tenía el pipí pequeño, como un caracol. Ingrid lo cogió y empezó a chuparlo. No daba señales de vida. Cuando se cansó, seguí yo. El secretario comenzó a echarle la culpa al trago. Le sugerí que por qué no se metía un viagra. Me dijo que sufría del corazón. Luego, sacó de su maletín un látigo de cerdas de crin de caballo, y le pidió a Ingrid que le pegara en las nalgas. ‘¡Fuerte! ¡Más fuerte!’

Cuando por fin se vino, se subió los pantalones y se despidió. ¿Cómo va la vida?, dijo, y se largó.

15

Del único hombre que Ingrid se enamoró fue del poeta de la rosa marchita.

“Recuerdo que el joven venía todas las noches con una rosa en sus manos, y se sentaba a leer sus poemas en la poltrona de las caricias.

El joven había estudiado literatura, y sobrevivía dictando cursos en un colegio de mala muerte de la ciudad. Cuando llegaba el día del pago, visitaba la casa de Jenny, y allí dejaba todo su salario.

Ingrid se enamoró del poeta. Lo único que le disgustaba era que bebía como una cuba. Pero le atraía todo lo demás: sus ojos negros y penetrantes, su cabello ensortijado y su cuerpo joven y atlético.

Él justificaba su ebriedad diciendo que era Virgilio descendiendo a los infiernos.

Ingrid, tú eres Beatriz, y me tienes que sacar del abismo, decía, cuando terminaba su lectura.

Se hicieron buenos amantes. En sus noches de soledad, Ingrid guardaba la esperanza de que el poeta la sacara a vivir juiciosa. Pero el poeta cada noche se gastaba el dinero del alquiler y tenían que aplazar la decisión.

La única esperanza que le quedaba era ganarse el Premio Nacional de Poesía.

‘Si me lo gano, nos iremos a vivir juntos’, le decía.

Llegó el día del fallo. El poeta obtuvo el Premio Nacional.

Aquella noche, leyó ante la mirada atónita de las muchachas.

Al día siguiente, Ingrid y el poeta alquilaron un apartamento en el barrio San Antonio.

Ingrid prometió no volver a pisar el burdel. El poeta prometió abandonar el alcohol, y dedicarse a la literatura. Pero no cumplió. Con el dinero del premio, se dedicó a beber y se olvidó de la literatura.

Hasta que una noche, Ingrid llegó en un taxi con una maleta, y nos contó: ‘En un acto de delirio, el poeta había incendiado el apartamento’”.

## 16

Un hombre en silla de ruedas entró a la casa de Jenny. Lo conducía una joven de dieciséis años. Desde que lo vimos, lo identificamos como el “hombre de la sillas de ruedas”. Sobre su limitación física, existían muchos rumores. Unas decían que era un hombre rico de la ciudad, que había nacido con polio; otras, que pertenecía a la banda de don Berna, y le habían clavado un tiro en la espalda.

El hombre de la silla de ruedas se hacía al pie de la barra, pedía un güisqui, y luego le solicitaba a la joven que llamara a las muchachas.

Nosotras lo veíamos por entre la cortina china, y cuando doña Jenny nos llamaba nos íbamos a esconder a las piezas.

La dueña se enfurecía, y nos decía que lo atenderíamos. Que el hombre era un poderoso y pagaba bien. Pero ninguna de nosotras estaba dispuesta a acostarse con un inválido.

Doña Jenny nos amenazaba diciendo que si no nos presentábamos nos echaba de la casa.

Íngrid le dijo que podíamos desfilas, pero que ninguna estaba dispuesta a acostarse con un paralítico. No importa. Salgan, insistía Jenny. Los paralíticos son sólo voyeristas.

Salimos. Mientras desfilábamos, la joven nos decía al oído: Muchachas, pónganme a ganar.

El hombre de la silla de ruedas escogió a la negra. Íngrid nos miró e hizo una cara de desconcierto. La negra pensó en la coartada de la regla. Pero no se salvó. El hombre la miró

y con su mano parálitica, le rozó sus dedos. Negrita, por favor, póngame a ganar, insistía la joven.

Íngrid no tuvo más remedio que aceptar. Al hombre de la silla de ruedas lo subieron entre Celeste y la joven.

Pasó una hora. Íngrid y el paralítico no daban señales de vida.

Cuando amaneció, la negra bajó sonriente, y nos contó:

.- Le gusta la lluvia dorada.

.- ¿Por qué quedó paralítico?

.- Un par de muchachos le dispararon desde una moto.

-¿Te pagó bien?

.- No me puedo quejar.

La negra, sonriente, nos mostró dos billetes verdes, con la cara de Georges Washington.

## 17

Una noche, los pintores Correa y Pombo nos propusieron a Ingrid y a mí que posáramos desnudas para la exposición: “Mujeres”. ¿Cuánto pagan?, les pregunté. Doscientos mil pesos. Cuando se venda toda la serie, les damos una propina.

A nosotras la idea nos encantó. Para Ingrid era una oportunidad de abandonar el oficio y volverse modelo. Para mí era una posibilidad de abrir nuevos mercados.

Correa y Pombo tenían un estudio en San Fernando. Allí nos invitaron una noche. Nos ofrecieron güisqui y *perico*. Ingrid posó para Correa. Yo posé para Pombo. Cuando terminaron, nos acercamos a los cuadros, y descubrimos nuestros cuerpos desnudos, reflejados en la tela.

No lo podíamos creer. Eran unos cuerpos largos, bien contorneados, pintados en colores sepias.

Ingrid y yo saltamos de felicidad, y enseguida pensamos en la fama.

La exposición estaba prevista en una semana. Correa y Pombo nos llevaron de chaperonas. Allí fue el acabose. No te imaginas cómo nos miraba la gente de la alta. Comenzando por la dueña del museo, que era una machorra de tiempo completo. Y el curador, que tenía una cara de marica, que no podía con ella. No sé qué teníamos nosotras, pero todo el mundo nos

miraba como si fuéramos un par de mocos. Sólo un viejito de bastón, que era periodista, nos prometió llevarnos en su auto a la casa.

No te imaginas cómo gozamos esa noche. Yo le sugerí a Ingrid que se levantara al viejito. Y la negra, que estaba prendida por tanto vino, me contestó: Por qué no. Le doy media pastilla de viagra y lo pongo a volar.

Fue una noche apoteósica. Así la gente de la alta nos mirara como a un moco. Esa noche, Correa y Pombo vendieron todos los cuadros. Nos premiaron con una buena propina.

18

Harris era un profesor de inglés, que después de sus clases visitaba la casa, se sentaba con las muchachas y les gastaba una copa de vino

Era un joven rubio que había salido de Virginia huyendo del reclutamiento que el ejército de los Estados Unidos hacía para llevarlos a la guerra de Irak.

Harris hablaba un español tosco, con acento, que divertía a las muchachas.

.- Harris, ¿cuándo me vas a llevar a la Yunai? –Preguntaba Lina-.

El gringo sonreía, y le contaba que él no podía pisar las tierras del norte porque lo llevaban a la cárcel.

.- ¿Mataste a alguien?

.- No. Me volé porque si no me iba a tocar matar mucha gente.

.- Harris, di:

“Erre con erre cigarro  
erre con erre barril  
rápido ruedan los carros  
cargados de azúcar  
por el ferrocarril”.

En el salón de la casa quedaba resonando la risa de las muchachas.

A Harris le fascinaban los zapatos fállicos de Lina. Cuando ya estaba borracho, ordenaba:

.- *Go, baby.*

Y subían a la habitación del placer.

Luego tomaba un taxi, y se iba a su casa.

Lina contaba que el gringo se encerraba con ella a meter *perico*. Cuando no podía hacerlo por la nariz, se lo metía por el ano.

19

Cuando el viejito del bastón comenzó a frecuentar la casa, todas queríamos estar con él.

Pero el viejito siempre me escogía a mí. Decía que yo era la más querida de la casa.

El viejito llegaba, colgaba en el perchero su saco y su bastón, y luego se sentaba en la poltrona de las caricias. Pedía un trago de güisqui, y cuando estaba entonado, subía conmigo a la habitación del placer. Allí me pedía que me desvistiera. Cuando quedaba desnuda, el viejito bajaba hasta el fondo de mi humanidad.

En “Jenny’s” todas las muchachas nos lo peleábamos. Me vivía diciendo que él entraba conmigo porque yo le recordaba a su esposa. ¿Cómo se llama su esposa? Le preguntaba. María de la Encarnación, me decía, y suspiraba de amor. Cuando terminaba, cogía su saco y su bastón, me dejaba un billete grande, y salía muy campante a tomar un taxi.

Una noche llegó con una alergia en la nariz, y me hizo el reclamo. Saqué el carné de salud y se lo mostré.

.- Don Humberto, aquí todas somos muy aseadas.

Y le recomendé Canestén.

.- ¿Canestén? –dijo sorprendido- Eso usaba mi mujer para el herpes vaginal.

.- Sí, pero también sirve para las alergias de la cara.

Abrí la cartera y cogiéndole el mentón, le pasé mis dedos untados de crema:

.- A ver, don Humberto, para que no siga metiendo las narices donde no le importa.

El viejito se dejó aplicar la crema, y por un instante se quedó dormido sobre mis piernas.

El secretario de gobierno sale de rumba todos los viernes por la noche. Detrás de su burbuja 4 x 4 lo sigue un carro de la policía que lo va escoltando. Cuando el funcionario no va a “Jenny’s” se dirige a los grilles y discotecas de la ciudad. Allí lo reciben con besos y abrazos; luego, cuando se va a despedir, le tienden un billete por los buenos oficios que ha tenido con los ‘trabajadores de la noche’.

Al amanecer, se detiene en Porky’s, pide un consomé y una milanesa, y luego de despedirse del dueño y de los meseros, se va a dormir a su casa.

El secretario de gobierno es divorciado y vive solo en un lujoso apartamento, al oeste de la ciudad.

Al día siguiente, se levanta, la empleada le sirve el desayuno, y pasa todo el día en el jacuzzi del condominio.

En la noche, se viste con una camiseta Polo, jeans y zapatos deportivos, y sale a pasear con su perro por el parque del barrio.

El domingo en la mañana lee los periódicos en la cama. Cuando cae la tarde se vuelve a vestir porque va a ser entrevistado para el Noticiero de la noche.

La periodista le hace la pregunta del millón: “¿Cuántos muertos hubo el fin de semana?”

Con una sonrisa de oreja a oreja, el secretario de gobierno está feliz porque en esa semana la cifra descendió de cincuenta muertos a cuarenta y ocho.

Por sus declaraciones brillantes de cada semana, los habitantes de la ciudad le llaman el “Cuentacadáveres”.

Yo era el encargado de repartirlas a sus casas. Felizmente, todas vivían en el oriente de la ciudad. Dalila vivía en El Poblado; Lina en Charco azul, y Viviana, en El Vallado. Cuando Ingrid no se quedaba donde Jenny, dormía donde Dalila, su comadre.

El recorrido lo iniciábamos a las cinco de la mañana. Ingrid se hacía adelante. Las demás se hacían atrás, y comenzaban a molestar. Que a Cuentacadáveres le gusta que le den látigo. Que al marica de Holmes sólo le gustan los fantasmas. Que Harris mete *perico* por el trasero. Que el viejito del bastón es *minetero*. Que al hombre de la silla de ruedas le gusta la orinoterapia. Y contaban la plata que se habían hecho durante la noche.

Unas veces, íbamos a rematar al final de la ciudad, donde la rumba dura hasta el día siguiente; otras veces, terminábamos en El Faraón, un lugar de gays y lesbianas del centro de la ciudad.

En uno de esos amaneceres, Ingrid aprovechaba y me contaba fragmentos de su vida. Me decía que la muerte la había perseguido desde la infancia. El primer muerto que había visto era el hombre que murió ahogado por salvar a su novia. Murió por amor. Luego vio a su familia masacrada en el patio de la casa.

Estas dos imágenes la habían marcado para siempre. Desde niña, le gustaba la modistería y quería ser diseñadora de modas. Pero la muerte de sus padres le truncó su destino. Estaba cansada de acostarse por dinero. Lo único que deseaba era reunir una plata y largarse del país. Pero la plata por el coño es maldita. Nunca duraba. Se la bebía en trago, se la soplaban en *perico* o se la robaban los chulos.

Cuando decidían ir a dormir a sus ranchos, don Fabio las iba dejando a cada una en la puerta de sus casas. Esperaba a que se bajaran, abrieran la puerta y entraran. Siempre temía

que un pandillero drogado saliera entre la sombra y las degollara. La primera que se bajaba era Lina, que vivía con su madre y dos niños. La segunda era Viviana, que vivía con dos hermanas. Las últimas que se bajaban eran Dalila e Ingrid.

.- Hasta esta noche, don Fabio -se despedían desde la puerta-.

.- Hasta esta noche, muchachas, que descansen.

Apenas cerraban las puertas, hundía el acelerador y partía a toda velocidad.

La imagen de la cicatriz de Dalila en el pie derecho lo tuvo obsesionado durante el día. Holmes llegó sobreexcitado a la casa de Jenny. Había un gran movimiento en la sala. Se sentó en la poltrona de las caricias, y llamando a Dalila le preguntó:

.- ¿Por qué hay tanta agitación en la casa?

.- Llegó la clientela Uno A.

.- ¿Quién es la clientela Uno A?

.- Cuentacadáveres, el viejito periodista y el hombre de la silla de ruedas.

.- ¿Esa es la clientela Uno A? ¡No me hagas reír! Un político sado-maso, un viejito prostático y un inválido son para ti los clientes Uno A. Y yo, ¿quién soy?

.- Tú también eres cliente Uno A.

.- ¡Por favor! ¡No me mezcles con esa gente! ¿Por qué esos lisiados son para ti los mejores clientes?

.- Con ellos nos ganamos la plata haciendo el menor esfuerzo.

.- ¿Qué puede hacer ese político vicioso?

.- Recibir azotes en las nalgas.

.- ¿El viejito periodista?

.- Chupar.

.- ¿El hombre de la silla de ruedas?

.- Bañarse con lluvia dorada.

.- Dalila, dime, ¿por qué yo hago parte de los clientes Uno A?

.- Porque todo se te va en pura lengua. Como el viejito periodista.

Jenny y las muchachas están postradas rezando frente a un ataúd color caoba.

A cada lado del féretro, hay una corona de flores blancas cruzadas por una cinta color púrpura, donde está inscrito en letras doradas, el nombre de

“Celeste Perea”.

.- ¡Ay!, ¿por qué me mataron a mi negro? -se queja doña Jenny, que está acompañada del comandante Samudio.

Las muchachas están sentadas en una banca y consuelan a una negra de unos cincuenta años de edad, que está rodeada de cinco niños. Son la esposa y los hijos de Celeste.

Afuera de la funeraria, está don Fabio y los empleados de los burdeles y discotecas de la ciudad, que han venido a despedir a su amigo. Mientras lanzan hipótesis sobre la muerte de Celeste, se pasan una botella de Aguardiente Blanco.

Lina, con sus zapatos fálcos, se acerca y me coge del brazo.

.- Lo encontraron anoche en el caño.

.- ¿Por qué lo mataron?

.- Deja una mujer y cinco niños.

.- ¿Sabes por qué lo asesinaron?

.- No sé. Primero mataron a la negra. Ahora mataron a Celeste.

.- ¿Hubo testigos?

.- No. Lo encontraron con las manos y los pies amordazados. En su boca tenía un letrero que decía:

“Por sapo”.

Doña Jenny y el comandante Samudio van adelante sosteniendo el féretro. Atrás, van Dalila, Lina, Viviana y don Fabio.

La gente se acomoda en los buses. Son tres, largos y viejos. Allí caben todos los vecinos del barrio de Celeste. La autopista sur se transforma en una gran estela negra que se mueve como una culebra. Cuando llegan al cementerio, los espera un grupo de mariachis, con sus violines y con sus guitarrones.

Un tumulto de negros se hace alrededor del hueco, y empuja a doña Jenny hacia el foso. El comandante Samudio logra salvarla de un brazo. Se oyen gritos desesperados.

Cuando los empleados del cementerio están bajando a Celeste, los mariachis cantan la despedida:

“Me voy por el camino de la noche.”

Doña Jenny, que se ha embarrado el vestido y los zapatos, se desprende del brazo del comandante Samudio, y con lágrimas en los ojos, me pregunta:

.- Holmes, ¿por qué mataron a mi negro?

Luego, se retira y se protege en el comandante.

Cuando los empleados terminan de tirar la última palada de tierra, comienza a caer una llovizna sobre el campo santo.

Lina, que tiene los ojos rojos, me dice:

.- Tío, ¿sabes que me dan ganas de dejar toda esta mierda y regresar a España?

Durante nueve días cerraron la casa de Jenny, en señal de duelo. En las noches se abría porque la dueña había decidido hacer una novena por el alma de Celeste. La entrada era restringida y se permitía el acceso a los familiares del negro. A Holmes lo dejaron entrar porque era un cliente conocido. Arrodilladas frente al Sagrado Corazón, doña Jenny entona las letanías. Las mujeres contestan en coro:

“Celeste Perea:  
descanse en paz”.

Luego se paran, y hacen un riego de incienso y saumerio por toda la casa.

Cuando terminan, destapan una botella de aguardiente, tiran el primer trago al suelo por el alma del negro, y se ponen a conversar.

Todas querían a Celeste, y tenían bellos recuerdos de él.

“El negro era nuestro ángel protector”. “En medio de la noche, él nos acompañaba a coger el taxi”. “Nos prestaba dinero. Nos traía las cajas de comida a media noche, y el café y los buñuelos al desayuno”. “Nos protegía de los bandidos y los conejeros”. “Cuando estábamos tristes, nos consolaba con sus manos de seda”. “Celeste era el hombre más bueno que había sobre la tierra. Por eso lo mataron”. “¿Cuánta familia deja? Una viuda y cinco hijos”.

Las muchachas conversaban hasta el amanecer, y terminaban fundidas en las poltronas.

La última noche de la novena, se apareció Ingrid. Con su halo negro y

misterioso, se acercó por mi espalda, y me contó al oído:

.- Holmes, ¡yo lo vi! Cerca del cementerio. El negro iba feliz, camino al cielo. Estaba que no se cambiaba por nadie. Le pregunté si le había dolido su muerte. Me dijo que al principio sí, pero que luego se había puesto feliz porque los asesinos le habían ahorrado tanto sufrimiento. Sobre todo, las deudas. Celeste debía a cada santo una vela. Ahora me siento más liviano, que cuando vivía en ese infierno. Y señaló hacía la autopista. Me invitó a que subiera con él al cielo. Tú te lo mereces, negra. Tú también tienes derecho a tener un espacio en el cielo, me dijo. No gracias, Celeste, le dije; yo aún debo estar un tiempo en la tierra, porque necesito que se haga justicia. Negra, vámonos al cielo y armamos allá una rumba. Dijo, y me mostró su dentadura de marfil. Allá montamos una casa de placer. Dios no lo permite, le advertí. Montamos, entonces, un barcito de música cubana. Ay, negro, a lo mejor yo no puedo entrar al cielo. ¿Por qué? Por la putería. No digas eso, negra. Tú entraste al puteo por necesidad. Pero me putié. ¿Tú sabes cuántos hombres han pasado por este cuerpo? ¡La ciudad entera! ¡Dios no perdona eso! Dios sí perdona. Perdonó a Magdalena. Negro, de todas maneras, gracias por la invitación. Pero yo debo continuar en la tierra para ver si se puede hacer justicia.

Y el negro salió corriendo porque lo iba a dejar el transmilenio celestial.

El fantasma de Ingrid se recostó sobre mi hombro, y por primera vez me confesó que estaba triste.

.- ¿Por la muerte de Celeste? -Pregunté-

.- Sí; estoy triste por él.

.- Ingrid, ¿no decías que los posibles homicidas eran Jenny y el comandante Samudio?

.- Sí. Y nosotros somos sus cómplices.

- .- ¿Por qué tú eres cómplice? Si tú eres una víctima.
- .- Soy cómplice porque me metí en la putería.
- .- Si lo hiciste fue por necesidad.
- .- Eso no se justifica. Tú sabes que detrás de la putería está el negocio de la droga. La maldita droga que financia todo: las armas, los “Paras”, los “Guerrillos”, las putas y los sicarios. Holmes, me siento profundamente decepcionada de todo.
- .- ¿Qué va a pasar ahora?
- .- Los “Paras” volverán. Pero a mi ya no me pueden hacer nada porque yo estoy muerta. Yo ahora soy Nadie.
- .- No, Ingrid. Tú eres alguien.
- .- Desde que acribillaron a mis padres, me convertí en Nadie.
- .- Para ser Nadie uno tuvo que ser primero alguien.
- .- Holmes, cuídate mucho. El próximo muerto puedes ser tú.

SEGUNDA PARTE

## 1

La casa de Jenny estuvo cerrada durante dos meses. La dueña había decidido hacer algunos cambios para que la gente olvidara los dos funestos acontecimientos de los últimos siete meses.

Holmes se refugió en el hotelito. No volvió a tener noticias de las muchachas. Tampoco volvió a saber nada del fantasma. A veces iba a desayunar a la panadería, y sólo veía a algunos obreros que sacaban escombros de la casa.

En su refugio leía poesía y se aburría viendo televisión. Llamó a Gracia, y ella le contó que había conseguido novio. ¿Quién es?, preguntó angustiado. Boris, dijo, tu compañero de oficina.

Cayó en una depresión terrible. Quiso paliarla a punta de Prozac. Las pastillas ya no le producían ningún efecto. Seguramente estaban vencidas. El fiscal continuó leyendo *Tierra baldía* de T. S. Eliot.

En medio de la lectura, recordaba fragmentos olvidados de su vida. ¿Por qué no fui poeta? Se preguntó.

En la universidad había leído mucha poesía. Ser poeta es algo grande. Se convirtió, entonces, en lector. Ser lector es un destino modesto, humilde. Luego, conoció a Bertha. Una mujer mayor que él. Una noche Bertha quedó embarazada. De allí nació su único hijo. Al poco tiempo se separaron. Más tarde le presentaron a Gracia. Era una chica alegre y extrovertida. Al joven Holmes lo entusiasmó. Él era un hombre parco y taciturno. Gracia le traía regalos y lo invitaba a pasear por el campus. Apenas ambos se graduaron en Derecho,

se casaron por la iglesia. Gracia nunca pudo tener hijos. Por esto empezó a adoptar gatos. Holmes decía que Gracia amaba más a los gatos que a los seres humanos.

En un momento de su vida tuvieron a Marquesa, Lupita y Lunero. Su apartamento llegó a ser un zoológico. Hasta que los gatos fueron cumpliendo su ciclo de vida. Marquesa fue arrollada por un auto, Lupita murió de vieja. De esa camada variopinta se salvó Lunero.

Luego entró a la Fiscalía. Debido a su buen desempeño, empezó a ascender. Primero le tocaron casos de raponeros; más tarde, se especializó en secuestros y masacres. Delitos supremos de la patria. Su temperamento frío y calculador le había servido para resolver los casos más difíciles que pasaban por la Fiscalía. Su amigo de oficina, el gato Boris, había sido asignado para el secuestro de la María. Holmes había sido delegado para la masacre de El Edén. ¿Por qué su amigo se involucró con su mujer? ¿Por qué no fue leal con la amistad?

“Vivimos en una época difícil. La amistad no vale nada. La traición es la única regla válida entre los seres humanos”, pensó.

Se dirigió a la casa de Jenny. La fachada, ahora pintada de amarillo, relucía como una pequeña joya sobre la autopista. En la puerta lo recibió un joven de cabeza rapada. Se llamaba Wilson. Era el nuevo portero de la casa.

Holmes entró, y enseguida descubrió las reformas que le habían hecho a la casa: el cuadro del Sagrado Corazón había sido reemplazado por un gran espejo que cubría la pared, creando la ilusión de que al otro lado existían nuevos espacios más amplios e infinitos. Las lámparas, los biombos y las cortinas chinas habían sido reemplazados por un mobiliario sobrio y bello. Las viejas y usadas poltronas habían sido reemplazadas por unas más

confortables. La luz azul mortecina que antes iluminaba el salón, había sido cambiada por una luz celestial, que le daba al salón un ambiente alegre y relajado.

Apenas lo vio, doña Jenny se acercó a saludarlo:

.- Mucho gusto, doctor Holmes. ¡Bienvenido de nuevo a casa! Siéntese, por favor.

.- Mucho gusto, doña Jenny. Veo que ha cambiado todo.

.- Sí; queremos brindarles a los clientes un ambiente amable y sosegado. Holmes, ¿le gustan los nuevos cambios?

.- Sí, la casa quedó hermosa.

Holmes estrenó la nueva poltrona, y poniendo los brazos en el espaldar, dijo:

.- La felicito, doña Jenny.

.- No hay de qué. ¿Qué va a tomar?

.- Lo mismo de siempre.

Jenny fue al bar, y trajo el pedido.

.- ¿Le llamo a las muchachas?

.- Sí, por favor.

Las muchachas figonearon por entre el biombo, y enseguida se presentaron:

.- Hola, me llamo Dalila.

.- Mucho gusto, soy Lina.

.- Qué tal, me llamo Viviana.

.- Hola, soy Gina.

Apenas la última niña se presentó, Jenny se acercó, y dijo:

.- Estas son las muchachas que tengo para esta noche. ¿A quién llamo, doctor?

.- A Gina, por favor.

.- ¡¿Cómo?! ¡¿Gina?! ¡Doctor, usted está loco! Gina murió hace tres años. Cuénteme, ¿usted la vio desfilando?

.- Sí, yo la vi. Llevaba un bikini y unos zapatos plateados.

.- Ay, doctor Holmes. Definitivamente, usted está loco de remate.

Jenny se cogió la cabeza, e incrédula, gritó.

.- Por favor, la señorita Gina. ¡A la poltrona número cuatro!

Y enseguida apareció una niña de tez blanca, de unos veinte años, que tenía caído el párpado derecho.

.- Mucho gusto, señor -dijo la niña-. Pero le aconsejo que mejor llame a otra muchacha.

.- ¿Por qué?

.- Porque yo estoy muerta.

Se sirvió el primer trago, y lo tiró al suelo.

.- Por las ánimas del purgatorio -dijo-.

.- Gina, ¿qué le pasó en el ojo?

.- Un accidente de familia.

.- ¿Puedo ver?

El fiscal se asomó al ojo, y descubrió un hueco negro y profundo.

A Gina le faltaba el globo ocular.

.- ¿Quién te hizo eso?

.- Mi marido.

.- ¿El hombre está preso?

.- No, qué va.

.- ¿Qué hacía tu marido?

.- Era exportador.

.- ¿Quiere subir conmigo a la habitación?

.- Sí, pero le repito que yo no soy de este mundo.

Y subieron.

El fiscal se percató sobre los cambios que Jenny había hecho en la habitación del placer.

Gina se sentó en el borde de la cama, y comenzó a desvestirse. Holmes la contempló de arriba abajo, y descubrió el furor de su belleza: su cabello negro pegado a la cabeza que caía hasta los hombros; sus fosas de la nariz dilatadas por el aire; su boca grande y húmeda como una vagina entreabierta. El párpado maquillado provocaba una extraña sensación de atracción fatal.

.- Debe ser maravilloso hacer el amor con un fantasma.

.- Si usted lo dice, señor -respondió Gina y se sonrió-.

Al amanecer, cuando la luz del día entró por la ventana, Holmes abrió los ojos, y no la encontró.

El fantasma de Gina había desaparecido.

## 2

Holmes se refugió en el hotel. Estuvo pensando toda la noche en Gina. Le impactó la historia del ojo. ¿Quién la había matado? ¿El marido? ¿Qué exportaba el marido? ¿El crimen de Gina tenía alguna relación con el de Ingrid? ¿O era otro caso aislado en la ciudad?

“Gina era otra víctima inocente de ‘Jenny’s’”, pensó. De todas maneras, le pareció muy extraño que en tres años hubieran asesinado a dos niñas en el mismo lugar.

Decidió visitar al día siguiente a Jenny. Cuando llegó, la dueña estaba haciendo la caja.

.- Buenas tardes, doctor Holmes. ¿Qué lo trae por acá tan temprano?

.- Jenny, ¿usted me dijo que Gina había muerto hace tres años?

.- Así es.

.- ¿De qué murió?

.- Su marido la mató a golpes.

.- ¿Aquí?

.- Sí; aquí. Era un hombre muy violento. Un día le cogieron una merca en alta mar. El hombre se puso furioso y comenzó a maltratarla. Ella corrió y se refugió en mi casa. Luego, el hombre llegó furioso, y la remató a golpes.

.- ¿Tú lo conocías?

.- No. A esa gonorrea nunca tuve el gusto de conocerla. Sabía de él porque Gina siempre hablaba de su marido.

.- ¿Cómo así? ¿Gina era casada y trabajaba aquí?

.- No, exactamente. Gina trabajó aquí hasta antes de conocerlo. Luego, él la sacó de aquí dizque para darle una buena vida. Le pintó pajaritos en el aire.

- Jenny, ¿tú nunca te has preguntado por qué aquí, en tres años, ha habido dos muertos?

- ¿Dos? Tres. Con el negro Celeste, que en paz descanse.

- ¿No te has preguntado por esa extraña coincidencia?

- No, nunca me he preguntado. En este negocio pasan tantas cosas que una finalmente se acostumbra a todo.

- Jenny, tengo el presentimiento que el asesino que mató a Gina es el mismo que mató a Ingrid.

- Ay, doctor, usted cada día está peor de la cabeza. ¿Acaso no se da cuenta que usted y yo en los últimos meses vivimos hablando de muertos? Doctor Holmes, los muertos, muertos están. Le propongo mejor, que hablemos de la vida. Mire esa muchachita que está acostada en la poltrona. Llegó ayer. Mírela. Es la flor de la vida.

- Doña Jenny, muchas gracias por la oferta. Usted sabe que no acostumbro a acostarme con gente de carne y hueso.

- Sí, lo sé. Usted prefiere acostarse con fantasmas. Ya sé que se acostó con Gina. ¡Qué perverso, el doctorcito!

Y se despidieron.

## 3

El primer viernes del mes de octubre, el fiscal llegó donde Jenny, y se sentó en la poltrona de las caricias. Cuando se disponía a pedir la revista de mujeres, vio a Jenny cuchicheando con el comandante Samudio. Ambos se decían algo en voz baja.

Las mujeres desfilaron delante de él. Cuando terminó la presentación, Holmes pidió que le trajeran a Gina.

Fue el comandante Samudio quien se adelantó y le dijo:

.- Perdóneme doctor, pero la señorita Gina ya no trabaja aquí.

.- ¿No? Si yo la acabo de ver desfilando.

.- No, doctor. Usted está viendo fantasmas. Desde hace tres años Gina ya no trabaja aquí.

.- Pero si yo la acabo de ver. Venía con un bikini y unos zapatos plateados.

.- Doctor, si no llama a otra muchacha, le ruego que se retire de la casa.

.- ¡Por Dios, comandante Samudio! ¡Ella está detrás del biombo! ¡Hágala pasar!

.- Bueno, la voy a llamar, pero enseguida se retira del establecimiento.

Cuando el comandante Samudio la llamó, Gina salió, y saludó:

.- ¡Qué milagro, doctor Holmes! Encantada de volver a verlo.

Era una mujer maravillosa. Su párpado maquillado con sombras y rimel, la hacía ver más sugestiva.

.- ¿Me puedo sentar?

.- Por supuesto. ¿Qué se va a tomar?

- .- Una copa de vino. Cuénteme Holmes, ¿por qué volvió?
- .- Me gustaste.
- .- ¡No lo puedo creer! De verdad, ¿le gusté?
- .- Sí, me gustaste.
- .- Yo pensé que en mi situación ya no le gustaba a nadie.
- .- Al contrario. Así eres más sensual.
- .- ¡Increíble! Habiendo aquí tantas niñas bellas.
- .- En la vida uno no ama lo que quiere sino lo que puede.
- .- ¿Incluyendo fantasmas?
- .- Incluyendo a los fantasmas. Hoy es más fácil amar a un fantasma que a un ser humano.
- .- Holmes, gracias por el piropo. -Y bebió una copa de vino-.
- .- Gina, he venido porque quiero ser tu amigo.
- .- Nunca pensé que en este estado una pudiera tener amigos. Holmes, de verdad, gracias. Después de lo que me sucedió, vivo tan sola y deprimida...
- .- Quiero venir a visitarte, que nos sentemos, conversemos y nos tomemos un trago.
- .- Por supuesto. Pero recuerde mi situación. Yo sé que un día lo voy a desilusionar.
- .- No, Gina, tú no me vas a desilusionar -y se acercó para besarla-.
- .- No, Holmes. Se lo prohíbo.
- .- ¿Por qué?

.- Es regla de la casa.

.- Gina, ahora sí, cuéntame, quién te mató.

.- Ah, es una historia larga de contar. Fue hace tres años. Yo estaba casada con un *man* del barrio Siloé. Nos conocíamos desde niños. Luego, el hombre se perdió, y una noche apareció donde Jenny, y me sacó de aquí.

Al principio todo era a pedir de boca. El hombre tenía dinero, y me daba gusto en todo. Blusas, relojes, cadenas. Yo le preguntaba por su trabajo, y él me decía que era exportador de caña. El hombre se las traía. Tenía un culo de camioneta, que cuando llegamos al rancho de Siloé por mis cosas, mi mamá y los vecinos se quedaron con la boca abierta. Me llevó a vivir al condominio Alfaguara.

Imagínese, Holmes, yo viviendo en un barrio de la alta, después de que me crié en la loma de Siloé. Ya no tenía que subir escaleras ni montar en esos jeeps asquerosos donde los hombres le tocan a una el culo. Ya no tenía que correr por la loma para escaparme de los pandilleros que a toda hora me querían violar. Ahora vivía en una casa con aire acondicionado, piscina y una portería donde no dejaban entrar a ninguna gonorrea.

El hombrecito era chévere. Pero tenía un problema. Sufría de delirio de persecución. No podíamos estar tranquilos bebiendo un güisqui en la piscina porque al hombrecito le entraba una paranoia horrible, y comenzaba a golpearme. Ese era su problema. Yo le llamaba el perseguidor perseguido.

.- De verdad, ¿exportaba caña?

.- No, eso era pura paja. Como a los seis meses, me di cuenta que Johnny era un traqueto duro y respetable. Empezó como ayudante de cocina

en un laboratorio. Luego, cuando mataron a su patrón, él ejecutó al asesino para quedarse con la ruta. Y lo logró. Johnny, que era el niño más pobre del barrio, pasó a ser un hombre poderoso.

.- ¿Cómo se llamaba?

.- Johnny Ramírez.

.- ¿Te enamoraste de él?

.- ¡Claro! ¡Cómo no me iba a enamorar! Si desde que me sacó de “Jenny’s” me tuvo como a una reina.

.- Pero te maltrataba.

.- Sí. Ese era su problema. Yo le preguntaba, por qué me pegaba si yo no tenía la culpa cuando le seguía la policía, le bajaban a un *man* o se le caía una merca. Le suplicaba por las ánimas que no me maltratara, pero el perseguidor perseguido no escuchaba y cada día me daba unas palizas horribles, que me dejaban la cara llena de moretones.

.- ¿Qué decía tu mamá?

.- ¿Mi mamá? Con tal de que Johnny le comprara una nevera, le pagara los servicios, o le llevara un pollo asado, se hacía la de la vista gorda. Mi mamá siempre fue una vieja ambiciosa. Le gustaba tanto la plata que por eso mi diosito lindo la confinó a vivir en la loma.

.- Antes de conocerlo, tú ¿ya trabajabas aquí?

.- Sí. Todo fue invento de mi madre. Al principio, yo trabajaba como cajera en un supermercado, y me iba muy bien. El único problema era que todos los hombres me lo pedían. Como pagaban mal, un día mi mamá me dijo que

me retirara; que me fuera a trabajar a un reservado. ‘Gina, para ganar plata, tienes que mover el culo’, me decía, y me ponía como ejemplo a Sandra, una sobrina que trabajaba en “Katie’s”.

.- ¿A los cuántos años empezaste a trabajar aquí?

.- A los dieciocho.

.- ¿Cuál era la ruta de Johnny?

.- Usted parece sapo. Eso sí no se lo voy a decir.

.- Gina, por favor. Es curiosidad.

.- La ruta del Pacífico. Johnny me decía que allá tenía una finca cañera.

.- ¿Dónde quedaba la finca?

.- En El Edén.

Holmes escuchó el nombre de El Edén, y una luz verde se le iluminó en el cerebro. No dijo nada. Gina continuó con su relato:

.- El decía que era una finca cañera, pero para mí que tenía un laboratorio donde procesaban coca. Luego, la embarcaban por el mar, y la sacaban al norte en unas lanchas voladoras. En un año sacaban tres embarques. El primero lo dejaban coger. Era el regalo que le daban al comandante del ejército. Luego, pasaban los dos embarques restantes y coronaban.

.- Gina, ¿cómo sabes todo eso si Johnny para ti era un misterio?

.- El día que coronaba, se emborrachaba y contaba todo.

.- ¿Johnny era periquero?

.- ¡Jamás! Traqueto que se respete no mete *perico*.

Gina bebió otra copa de vino, y agregó:

.- Holmes, ¿Aún quiere seguir siendo amigo mío?

.- Sí.

.- ¿Subimos a la habitación?

.- No.

.- Bueno, si no quiere subir, por lo menos déme la liga.

Holmes se metió la mano al bolsillo, sacó un billete, y se lo dio.

El fantasma de Gina desapareció.

## 4

Holmes regresó feliz al hotel. Tenía un dato clave en la investigación: Johnny Ramírez, el asesino de Gina, había tenido una finca en El Edén, el corregimiento donde vivió Ingrid con sus padres hasta que llegaron los “Paras”.

¿El asesino de Gina era el mismo que mató a los padres de Ingrid? ¿Era el mismo que mató a Ingrid? ¿La finca de Johnny era la tierra que le habían arrebatado a sus padres?

El fiscal no pudo dormir durante toda la noche. Al día siguiente, se desayunó con un Prozac, y salió rumbo a “Jenny’s”.

Tenía que interrogar urgentemente a Dalila. Quizás ella había conocido a Gina. Podía ser que una noche de tragos, la india se había rumbeado a Johnny y le conocía sus mañas.

Entró, se sentó en la poltrona de las caricias, y llamó a Dalila.

La india lucía unas tetas enormes de silicona.

.- Hola, doctor Holmes. Usted me tenía olvidada. Cuánto gusto.

.- El gusto es mío. ¿Te pusiste prótesis?

.- Sí, doctor. En este negocio hay mucha competencia. Si una no se hace sus cambios, va pasando de moda.

.- ¿Cuánto te costaron?

.- Una fortuna. Doctor, ¿le gustan?

.- Sí, pero, ¿no están un poco grandes?

.- No. A los hombres le gustan así: grandes.

Dalila se tomó los senos como si fueran un par de pistones, e intentó embestirlo.

.- Holmes, ¿vamos a hacer el amor? -le preguntó-.

.- No, Dalila. Tú sabes que prefiero conversar contigo.

- .- Ah, no le gustaron mis tetas.
- .- No, no es eso. Tú sabes que a mi lo que me gusta es hablar contigo.
- .- Sí. Usted prefiere hablar conmigo, y hacer el amor con fantasmas. Aquí ya todas sabemos que se acostó con Gina.
- .- ¿Sí?
- .- Sí, hombre. No se haga el pendejo. La que debes estar enojada es Ingrid.
- .- ¿Ella sabe que yo estuve con Gina?
- .- ¡Claro! Los fantasmas saben todo.
- .- ¿Qué puedo hacer?
- .- Contar la verdad. Si a una le cuentan la verdad, una se tranquiliza.
- .- Dalila, ¿tu fuiste amiga de Gina?
- .- Amiga, no. Aquí nadie es amiga de nadie. Cuando vino era una muchachita flacuchenta. Y engreída. Decía que ella estaba en este oficio por culpa de su madre.
- .- ¿Sabías dónde vivía?
- .- Sí, en Siloé. Y creía que era el mejor barrio de Cali.
- .- ¿Hablabas con ella?
- .- Lo normal. ‘Gina, te necesita un señor en la barra’ ‘Gina, llegó el pollo con papas fritas’.
- .- ¿Consumía *perico*?
- .- ¡Jamás! A Gina le gustaba la marihuana. Decía que no había placer más rico que hacer el amor trabada.
- .- ¿Conociste a su hombre?
- .- Claro. El traquetico de la camioneta. ¡Qué culo de auto, el que tenía ese muchacho!
- ¿Cómo era que se llamaba?

.- Johnny.

.- Ah, sí. Johnny. Era lindo, el hijueputa; pero atravesado. Tan atravesado, que la mató a ella.

.- ¿Fuiste amigo de Johnny?

.- ¡Ni Dios lo quiera! Cuando se aparecía, yo lo saludaba y hasta le aceptaba un trago. Pero no más.

.- Dalila, tú te acostaste con Johnny.

.- ¡Yo?! Holmes, tú no me conoces. Cuando yo veo a un *mancito* tan atravesado, le hago el quite porque sé que me puedo estrellar. Eso fue lo que le pasó a Gina. Fue por lana y salió trasquilada.

.- ¿Y si el hombre te ofrece mucho dinero?

.- Ni por eso. ¿Aquí cuántos hombres han venido cagados en plata y yo me he negado a estar con ellos? Una noche, Johnny me sentó en su mesa, y me ofreció un melón por estar con él.

.- Y qué, ¿aceptaste?

.- ¿Estás loco? Yo le huyo a los matoncitos.

.- ¿Cómo supiste que era traqueto?

.- Ay, Holmes; eso se conoce al rompe. Él trajo el cuento de que era comerciante. ¿Comerciante de qué? Le preguntamos. Él nos contestó: Comerciante de caña. Y se sonreía.

.- ¿Gina se encarretó desde el principio con él?

.- Gina lo conocía desde niña. Eran vecinos del barrio. Apenas lo vio montado en ese culo de camioneta, nunca más se quiso bajar de allí.

- Gina le conocía sus pasos.
- Claro. Gina le conocía el caminado. Pero con esa camioneta, ese rolex y esa cadena de esmeraldas, ¿quién no cae en la tentación?
- ¿Es cierto que la sacó a vivir juiciosa?
- Sí. La llevó a vivir al condominio Alfaguara.
- Y qué, ¿Gina se amañó?
- ¿Qué se amañó? Se convirtió en una estirada de mierda. Ya no nos visitaba. A más de una, nos quitó el saludo. Su madre era la más feliz de la familia. Con tal que le dieran dinero, a la vieja alcahueta no le importaba que la hija se puteara o saliera con el mismo diablo. La plata es una mierda que corrompe hasta al más santo.
- ¿Te diste cuenta que Johnny tenía una finca en El Edén?
- Sí, y vivía chicaneando con ella.
- Dalila, ¿no crees que esa finca pertenecía a los padres de Ingrid?
- Holmes, te confieso que nunca había pensado en eso. Ingrid me contó que después de la masacre, mucha gente huyó de la región y abandonó sus tierras por temor a que los “Paras” volvieran.
- ¿Crees, entonces, que Johnny hizo parte de la banda que asesinó a su familia, y luego la mató a ella?
- No sé qué decirte. Todo esto puede estar conectado. Lo que no me queda claro es por qué después mataron a Ingrid.
- Era el único testigo que había quedado vivo de la masacre. Por eso la mataron.
- ¿Cómo descubrieron que Ingrid trabajaba en “Jenny’s”?
- Por el comandante Samudio. El ejército y los “Paras” siempre han trabajado en llave.

.- Holmes, subamos a la habitación. Doña Jenny y el comandante Samudio nos pueden escuchar.

.- No, yo mejor me voy.

.- Holmes, ¿vamos a subir? Todavía debo una cuota de las prótesis.

.- No, me voy.

.- No seas malo y subamos.

.- No, Dalila. Tengo muchas cosas por hacer.

.- Holmes, ¿sabes quién no te va a perdonar?

.- ¿Quién?

.- Ingrid. Nunca aceptará que te acostaste con Gina. Holmes, si no vas a subir, por lo menos ayúdame a pagar las prótesis.

.- Toma -le pasó un billete-.

.- Gracias, Holmes. Tú, como siempre, tan generoso.

## 5

Viviana llegó llorando a “Jenny’s”. Venía vestida de negro. Tiró el neceser al suelo, y dejándose desmadejar en la poltrona, dijo:

.- Jenny, mataron a mi marido.

.- ¿Cómo así? ¿Quién lo mató?

.- Cajambre, uno de los muchachos que trabajaba con él.

.- ¿Por qué lo mató?

.- Por quedarse con la oficina.

.- ¿Ese muchacho no era uno de sus hombres de confianza?

.- Sí, pero lo mató. Lo encontraron en la casa. Su cuerpo parecía un colador.

.- ¿Quién te contó?

.- Richard, el parrillero. Me dijo que Cajambre le había propuesto que hicieran juntos esa vuelta, pero él no quiso. Richard era fiel a mi exmarido.

.- Tú, ¿aún lo querías?

.- No. Pero tuve dos hijos con él. Cuando Richard me contó me puse a llorar.

.- ¿Lo acompañaste al cementerio?

.- Sí; y allá Cajambre llegó echando tiros al aire con unos pandilleros.

.- ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a pelear la herencia de los hijos?

.- No sé, me da miedo. Además, el caso ya está en la Fiscalía. Doña Jenny, ¿usted qué me aconseja?

.- Yo de usted me retiraría del asunto.

.- ¿Y mis hijos? Ellos tienen derecho a heredar los bienes que dejó su padre.

.- Pero si los bienes han sido bien habidos. Si no los han sido ya deben estar en la Fiscalía; en extinción de dominio. ¿Por qué no le consultas a Holmes?

.- Me da vergüenza con él.

.- ¿Vergüenza con Holmes? ¡Si usted se la mamó! Vivi, es mejor que se olvide de eso. Al fin y al cabo usted ya no vivía con él.

Viviana se levantó de la poltrona, sacó un klennex del neceser y se sonó.

.- Sí, doña Jenny, usted tiene razón. Si me meto a reclamar el dinero de mis hijos Cajambre o la misma Fiscalía me quiebran el culo.

## 6

Holmes se encerró en el hotel. No quiso leer poesía. Tampoco quiso prender el televisor. Con los brazos cruzados que le servían de almohada, comenzó a escuchar una voz fina, de mujer, que le contaba:

“Desde niña crecí en la loma de Siloé. En diciembre, mi barrio parece un pesebre. En esa época del año, los vecinos hacen mingas y empeñan sus televisores para alumbrar las fachadas de las casas. Hay dos maneras de subir a Siloé: por la carretera, que parece una culebra o por las escaleras. Por la carretera sólo suben los Willys. Por las escaleras subimos los que no tenemos para pagar el Willys. Son 2777 peldaños. Buenos para sacar pierna. Cuando llegas arriba, a la estrella, puedes respirar el aire más puro que hay sobre la tierra.

Desde la estrella se puede ver la ciudad, el país y el mundo. No entiendo a qué se refieren ustedes cuando hablan de la gente de la alta. Si la gente de la alta somos nosotros, los que tenemos la mejor vista y el mejor clima.

¿Qué como me volví fufurufa? Por mi mamá. Era una vieja ambiciosa. Apenas vio que me empezaron a salir las teticas y a sacar pierna, me dijo: Bueno, hija, si quiere seguir viviendo aquí, tiene que mover el culo. Y me contrataron en “Jenny’s”. Desde el principio, me fue bien. No me puedo quejar. Un día me hacía cien, otro día doscientos. Cuando llegaba a la casa, le daba todo el dinero a mi madre. Hasta que una noche apareció Johnny en su camioneta, y me sacó de aquí.

Con Johnny nos conocimos desde niños. Era un muchacho huérfano y retraído. Todo el barrio se burlaba de él. Un día, bajó de la loma y se perdió. No lo volvimos a ver. Johnny comenzó de abajo. Era el encargado de organizar los envíos. A mi nunca me involucró en eso. Cuando iban a hacer un envío grande, yo lo sabía porque le salían unos furúnculos en el cuello. En esos días, yo no podía decirle nada porque se ponía muy violento. El envío de la merca lo controlaba con celular.

No te imaginas todos los celulares que tiró a la basura. La merca salía del país y se demoraba hasta un mes para llegar a su destino. Cuando le informaban que había llegado a Miami, saltaba de felicidad: ¡Coronamos! Decía.

Allí mismo se le desvanecían los furúnculos, y se volvía el hombre más amable del planeta. Gina, ponte el mejor vestido, que vamos a celebrar. Decía. Y armábamos la rumba. Mi mamá sacaba partido de todo esto. Que necesito una olla pitadora, un mantel, una estufa con horno.

Johnny me pasaba el dinero por fajos. Todos nuevecitos. Como acabados de salir de la fábrica. Pero así mismo como me los daba, así mismo los gastaba. El dinero de la coca es como la mierda. Que todo el mundo la desea, pero nadie se quiere hacer responsable de ella. Yo estrenaba todos los días. Ropa de marca. Mis vecinos de Siloé me cogieron envidia. Para taparles la boca, a veces les tiraba un mercado.

Fueron los días más felices de mi vida”.

¿Quién habla?, ¿de quién es esa voz que escucho?

“Johnny me sacó de Siloé y me llevó a vivir al condominio Alfaguara, donde vive la gente de la alta.

Yo creí que esa gente no era envidiosa. Pero me equivoqué. Cuando nos fuimos a vivir a Alfaguara, comprobé que eran tan envidiosos como nosotros, los de Siloé. Desde que nos mudamos al condominio no nos quitaron el ojo. Si Johnny salía en su camioneta con sus escoltas, allí estaban observando por entre las cortinas de sus casas. Si salía conmigo y me dejaba en la peluquería, allí estaban fisgoneando por entre la mirilla de los portones. Si llegaba cargada de paquetes, allí estaban hurgando con el rabillo del ojo.

En esa época Johnny me daba gusto en todo. Yo aprovechaba porque a mí nunca nadie me había dado nada. Si quería una cartera Louis Vutton, Johnny me la regalaba. Si quería unos muebles atigrados, me los daba. Si me daban ganas de comerme una hamburguesa triple, Johnny la pedía a domicilio, y me la obsequiaba. No sabía que a mis vecinas todo eso les producía envidia. Si hubiéramos estado viviendo en Siloé comprendería la envidia del barrio. Pero las vecinas de Alfaguara, por Dios, ¿que lo tenían todo?

Por esto siempre he dicho que la gente de la alta es muy baja. La gente de la alta somos nosotros, los que nacimos en el pesebre de Siloé”.

¿Quién está ahí? ¿Por qué me mortifican con sus voces? se preguntaba el fiscal, aumentando su dosis de somníferos, para poder conciliar el sueño. Pero la voz fina de mujer, volvía a perturbarlo:

“El domingo Jenny nos llevaba a nadar a Pance. Dalila era la más entusiasta de todas. Desde la noche anterior organizaba su mochila, donde guardaba sus cremas bronceadoras y sus brasileras.

Jenny contratava el taxi de don Fabio, y el domingo, muy temprano, salíamos rumbo a Pance.

Al lado del chofer se hacía Jenny; atrás, íbamos Dalila y mi persona. En esa época, ni Lina ni Viviana hacían parte de la casa.

A la altura del Trade Center, don Fabio paraba y compraba aguardiente, pollos y gaseosas. Cuando pasábamos frente al condominio Alfaguara, Dalila y yo suspirábamos por vivir allí. Lo que nunca imaginé era que un día yo iba a vivir allí, con la gente de la alta.

Luego, el taxi tomaba por una carretera estrecha, y se internaba en los Farallones. Parábamos en un valle sembrado de samanes y plastas de mierda de vaca. Al frente pasaba el río Pance, cristalino y torrentoso.

Don Fabio bajaba el aguardiente, los pollos y las gaseosas, y nos sentábamos bajo la sombra de un samán.

Después nos colocábamos las brasileras, y nos poníamos a broncearnos sobre una piedra. Don Fabio abría la botella y nos brindaba trago.

A Dalila le gustaba clavar en las aguas cristalinas. A mi me gustaba quedarme dormida sobre la piedra. Los hombres que pasaban por ahí quedaban bizcos ante el paisaje exuberante que les ofrecía la naturaleza.

Al mediodía, nos sentábamos a comer debajo del samán. En la tarde, cuando el sol se escondía en el oriente, subíamos al taxi, aún con el pelo mojado, y regresábamos felices a la casa”.

¿Quién está ahí? ¿Ingrid? ¿Gina? ¿Por qué me mortifican con sus voces?

“El lunes nos llevaba a la Casa de la Mujer para hacernos el examen.

Antes del examen, una trabajadora social nos hacía la entrevista: ¿Nombre? ¿Edad? ¿Estado civil? ¿Profesión? ¿Tiene relaciones sexuales? ¿Cuántas semanalmente? ¿Le llega la regla normalmente? ¿Ha tenido abortos? ¿Ha tenido alguna enfermedad venérea? ¿Es la primera vez que se hace la prueba del sida?

Las muchachas respondíamos el cuestionario. Cuando nos preguntaban por el número de relaciones sexuales, mentíamos.

Luego, nos tomaban la prueba, y nos ponían un sello y la fecha en el carné de salud.

Jenny salía feliz porque sus muchachas eran las mujeres más sanas de la ciudad”.

.- ¡¿Quién está ahí?! ¡¿Qué son esas voces que escucho?! ¡Me estoy volviendo loco!

“El martes Jenny nos llevaba a visitar a la Milagrosa. Decía que le pidiéramos para que nos fuera bien en el trabajo y nos protegiera de todo mal y peligro.

Las muchachas nos vestíamos con blusa cerrada y falda debajo de la rodilla. A pesar de eso, los hombres nos miraban con morbosidad.

Jenny iba adelante, y don Fabio y las muchachas íbamos detrás, en un acto de contrición.

Cuando llegaba el momento de la comunión, Jenny se paraba de la banca, y recibía la comunión. Las demás no nos parábamos porque sabíamos que estábamos en pecado. Nos

quedábamos cuchicheando en las bancas: ¡Vieja hija de puta! ¡Tan hipócrita! ¡El día que se muera se va a ir al infierno!

Cuando el cura daba la bendición final, nos abrazábamos y nos dábamos la paz”.

¡¿Quién habla?! ¡Me estoy volviendo loco! El fiscal se tapó los oídos con algodón para no escuchar. Pero la voz fina de la mujer, que no cesaba de hablar, llegaba desde el fondo oscuro de su corazón.

Octubre 12

“Anoche no me hice ni un peso. Estoy angustiada. Esto está muy malo. La patrona dice que los hombres no vienen porque saben que aquí mataron a dos muchachas. ¡Mierda! ¿Por qué me vine de Europa? ¿Por qué no le hice caso a Paco y me casé con él? Soy una gilipollas. Sí. Eso es lo que soy. Si le hubiera hecho caso hoy estaría tranquila viviendo con él.

¿Por qué me vine sabiendo que esto aquí era un infierno? Aquí no hay plata, ni hombres bellos, ni gente decente. Aquí todos los hombres son güarros. Si me hubiera quedado en Madrid estaría visitando el Prado. Me hubiera convertido en escritora. Menos mal que Celeste me prestó un dinero para comprar el desayuno de mi casa. El negro es lo mejor que hay en “Jenny’s”. Mejor que la patrona que nos quita los vales de los vinos y nos hace trampa con las cuentas. Mejor que su amante que me asedia día y noche para que se lo de gratis. ¿Yo, gratis?, no se lo doy ni al Rey de España.

Ahora mismo quisiera comprar un boleto de avión, y aterrizar en el aeropuerto de Barajas. Pero las gonorreas que vienen aquí no dejan ni para un desayuno. Si me hubiera quedado en España estuviera viviendo en Lavapiés, en el piso que compró Paco con las cesantías que recibió del gobierno. Soy una gilipollas. Por eso me tocó venirme a vivir con mi mamá en Charco Azul. Ahora mismo quisiera irme, y saber que Paco me está esperando en el aeropuerto con flores y vino. Me da dos besos, uno en cada mejilla, sube las maletas al baúl del coche y me conduce hasta su piso. En su viejo tocadiscos suena una canción de Rocío Durcal. Cenamos una paella rociada con vino blanco. Luego, cuando estamos bien

entonados, nos ponemos a follar. Paco, te extraño. Desde mañana me voy a poner juiciosa a ahorrar para comprar un tiquete de avión. Estoy segura que Paco aún me está esperando”.

## 8

Holmes volvió a “Jenny’s”. Quería ver urgentemente a Gina y entrevistarse con ella. Wilson, el portero, le informó que allí no trabajaba ninguna Gina. Se acercó a Jenny, y le preguntó por ella. Doctor Holmes, usted está enfermo. ¿Por qué no pide una cita en el hospital psiquiátrico?

El fiscal se sentó en la poltrona número cuatro.

.- Doña Jenny, por favor, llámeme a Gina.

.- Ya le dije: Gina murió hace tres años. Si sigue así tendré que pedirle que abandone el establecimiento.

.- Doña Jenny, yo no he hecho nada malo.

.- Si no se comporta como todos los clientes, me veré en la obligación de llamar a mi marido, el comandante Samudio.

.- Doña Jenny, por Dios. He sido un cliente fiel y respetuoso.

.- Si continúa invocando a los muertos, me veré en la penosa obligación de llamar a Samudio para que lo encierren.

.- Doña Jenny, déjeme entrar. Le prometo que me quedaré tranquilo tomándome el ron.

.- Holmes, de verdad, ¿lo promete?

.- Lo prometo.

El fiscal se sentó en la poltrona. Se sirvió un trago de ron. Holmes tenía sed. Se puso a contemplar las lámparas del salón. Le gustaba el color azul celeste que se filtraba por entre los biombos. Ahora no escuchaba nada. Ni siquiera la música de fondo que Wilson ponía para darle ambiente a la casa. Estaba confundido. Holmes había perdido el principio de realidad. No sabía cuál era el límite que existía entre el sueño y la realidad. Entre la razón,

lógica y coherente, y la locura fantástica. Recordó a Gracia, su mujer, y la vio lejana, caminando con su amigo Boris por la ciclovía. Recordó a su hijo que vivía en España, y lo vio lejano subido en un tren, y diciéndole adiós. Recordó a Lunero y lo vio cercano, repasando una y otra vez su cola por sus entrepiernas, y se soltó en un sólo llanto. ¡¿Quién soy yo?! ¡Por Dios!, qué ha sido de mi vida?! Repetía sin cesar. Cuando terminó de llorar, volvió a escuchar la voz:

“Una noche estaba desesperado porque no recibía ninguna señal de la merca. Cuando hacia la media noche, lo llamó el contacto y le dijo que la merca había caído saliendo de Panamá. Allí mismo, un furúnculo le brotó del cuello. Se puso furioso y comenzó a destruir todo. Cuando no quedó nada de la casa, continuó conmigo. Me le zafé como pude, y salí corriendo a la calle como una loca. Los vecinos del condominio me miraron aterrorizados. Cogí un taxi. En el auto, pensé subir a Siloé a refugiarme donde mi madre. Pero enseguida deseché esta idea porque me daba vergüenza llegar así, a la casa de la vieja. ¡Qué diría ella! ¡Qué dirían los vecinos! Además, estaba segura que apenas pisara la puerta de mi casa, mi mamá me entregaría a Johnny

Entonces, le dije al taxista: Por favor, lléveme a “Jenny’s”. El auto cogió la autopista sur, y me dejó aquí. Celeste me prestó dinero para pagar la carrera. Luego, entré, le conté a Jenny lo que me estaba sucediendo, y ella, solidaria, me dio agua de azúcar, y me acostó en una poltrona. Johnny llegó a los cinco minutos en su camioneta. El perseguidor perseguido había seguido al taxi. Apenas me vio, me dijo: Perra, hijueputa. Con qué sigues fufurufando, ¿no? Ahora sí la vas a pagar caro. Y me cogió a golpes. Jenny y las muchachas intercedieron, pero la fuerza de Johnny era brutal. Me golpeó tan fuerte en el

ojo derecho, que lo sacó de la órbita. Luego, caí al suelo. Después de eso, no volví a ver nada”.

.- Holmes -preguntó Jenny desde la barra- ¿con quién hablas?

.- Con nadie.

.- No, dime, ¿con quién estás hablando?

.- Con Gina.

.- ¿Gina? ¡Estás loco de remate! Voy a llamar a Samudio para que te lleve de paseo.

## 9

El primer viernes del mes de noviembre era el día de las ánimas. Holmes entró, se sentó en la poltrona de las caricias, y pidió que desfilaran las muchachas.

Cuando se presentaron, Holmes solicitó a Gina.

.- ¡Por Dios! ¡¿Otra vez Gina?! -se preguntó la patrona-. Bueno, a los loquitos hay que seguirles la corriente. -Y gritó: Gina, por favor, a la poltrona número cuatro.

Gina se presentó con su bikini y sus zapatos plateados, y sentándose al lado del fiscal, dijo:

.- Holmes, me tenías olvidada.

.- No, yo nunca te olvido. Eres tú la que no volviste.

.- Sí, es cierto. A veces, me perdía porque estaba de visita en la casa de los muertos.

.- ¿A quién visitabas?

.- A las mujeres que han muerto por la mano del hombre.

.- ¿Llegaste a conocer a Ingrid Balanta?

.- Sí. La conocí en el limbo. Estaba muy delgada. Apenas me vio, me vino a hacer el reclamo porque estaba saliendo contigo.

.- ¿Qué te dijo?

.- Estaba celosa. Yo le dije que ya no tenía sentido los celos entre las dos. Que nosotros estábamos muertas y podíamos estar con quien nos diera la gana.

.- ¿Cómo reaccionó?

.- Estuvo pensando un buen rato. Luego, se acercó, y me dijo: Sí, nosotras no debemos pelear. Debemos unirnos porque somos víctimas de las circunstancias. Y nos abrazamos.

.- ¿Se volvieron amigas?

.- Sí. Nos volvimos amigas. ¿Cómo vamos a ser enemigas si compartimos la misma desgracia?

.- No puedo creer. Siempre me imaginé que Ingrid te iba a coger por los pelos y te iba a mechonear.

.- No, Ingrid es una mujer civilizada.

.- Gina, ¿tú no crees que Johnny fue uno de los que participó en la masacre de El Edén?

.- De verdad, no sé. Aunque de él, todo se puede esperar.

.- ¿Tú que dices si te cuento que lo quiero capturar y meter a la cárcel?

.- Pagaría todo el dinero del mundo para que lo cogieran.

.- Gina, ¿subimos a la habitación del placer?

.- No. Hoy es nuestro día. Debemos respetar.

En aquel momento, se apareció Ingrid en el salón. Venía con su rostro ceniciento, su bikini negro y sus zapatos de tacón alto. Se sentó al lado de Holmes y saludó:

.- Hola. ¡Por fin los pillé! ¡Qué sorpresa verlos tan animados!

Con voz temblorosa, Holmes se ruborizó, y saludó:

.- Hola, Ingrid. ¿Te vas a tomar algo?

.- Sí. Un ron doble para festejar. Holmes, no te pongas nervioso que Gina y yo somos amigas.

.- No, yo no estoy nervioso -agregó-. ¿Qué vamos a festejar?

.- Hoy es el día de las ánimas. Es nuestro día.

.- ¡Salud! ¡Por las ánimas del purgatorio!

.- ¡Salud! -dijeron Holmes y Gina en coro-.

Íngrid y Gina levantaron sus copas, y tiraron los tragos al suelo. Luego, volvieron a servir, y bebieron.

Holmes descansó. Le sorprendió que Íngrid se mostrara tranquila y no sintiera celos por Gina. Los fantasmas son más avanzados que los seres humanos en este sentido, pensó.

.- Íngrid, ¿cómo hiciste para aceptar a Gina? -le preguntó Holmes más relajado-.

.- No niego que cuando me di cuenta que estaban saliendo juntos, me dieron ganas de matarlos. Pero, luego, en medio de mi soledad, comprendí que Gina era igual a mí. Ella como yo había padecido los mismos rigores de la vida. Luego, cuando me la encontré en el limbo, la perdoné, porque ella como yo había sido una víctima de ustedes.

.- Íngrid, qué bueno que pienses así.

.- Cuando vi a Gina sola y abandonada, me dije: además, nos une el hecho de que amamos al mismo hombre.

Íngrid lloró de felicidad, y se abrazaron.

.- Brindemos -dijeron Íngrid y Gina al unísono-.

.- ¿Por qué brindamos? -Preguntó Holmes-.

.- Por el amor.

Los tres levantaron las copas e hicieron chin chin.

Holmes estaba exultante. Se bebió otro trago de ron, y propuso:

.- Señoritas, ¿subimos a la habitación del placer?

.- Nooo -dijo Íngrid-. Hoy es nuestro día y debemos respetarlo.

.- Subamos. Podíamos hacer un *ménage a trois*.

.- Íngrid, no seas mojigata. En vida, tú subías con dos y con tres.

.- Muy bien que lo dijiste. Eso era en vida. Ahora, en la muerte, soy una mujer reposada.

- .- Pero dijiste que íbamos a festejar. Hoy es el día de los muertos.
  - .- La muerte me enseñó que la vida hay que respetarla. La muerte es la maestra de la vida.
  - .- Bueno, entonces ¿cómo vamos a festejar?
  - .- Compartiendo un trago. –Luego, la negra se quedó pensando, y dijo: Muchachos, vine porque les tengo una noticia.
  - .- ¿Qué noticia?
  - .- Johnny Ramírez estará aquí, en la noche de navidad.
  - .- ¡No puede ser! ¡¿Cómo lo supiste?!
  - .- Los fantasmas sabemos todo.
  - .- Entonces, debo preparar un operativo.
  - .- Sí, Holmes. Johnny ahora viene por ti.
  - .- Ingrid, te agradezco mucho por la información.
  - .- No hay de qué. Lo importante es que lo capturen y caiga sobre él todo el peso de la ley.
  - .- Sí -agregó Gina-. Que caiga sobre Johnny Ramírez y sus cómplices todo el peso de la justicia.
- Íngrid y Gina se despidieron de besito, y desaparecieron en el acto.

## 10

En la noche de navidad Jenny abrió desde temprano. Las mujeres, en pantis y brasieres, corrían apresuradas a acicalarse. Sabían que la noche de navidad era corta. El servicio era hasta las once. Por esto, tenían que estar vestidas y maquilladas desde temprano, para hacerse el dinero de la cena de navidad y de los regalos de sus hijos.

Jenny lucía una blusa y un pantalón rojo, de lentejuelas. El comandante Samudio, un blazer negro de botones dorados. Las muchachas, embadurnadas con perfume de hombre, lucían sus bikinis brillantes y sus zapatos de tacón alto.

Holmes llegó a las diez de la noche, se sentó en la poltrona de las caricias, y pidió media botella de ron. Aquella noche fue la única vez que no mandó a llamar a las muchachas.

El fiscal miraba el reloj cada segundo. Se comunicaba por celular con los diez agentes que vestidos de paisano, los había dispuesto en el salón y en el techo de la casa.

A las diez y cuarto de la noche, entró Cuentacadáveres. Llevaba un maletín con su colección de látigos de crin de caballo. ¿Cómo va la vida? -preguntó, y se fue a encerrar con Dalila-.

A las diez y media, llegó Harris. *Everybody*. Saludó. Y se puso a beber con Lina.

A las diez y cuarenta y cinco entró el viejito periodista. Con su rostro libre de herpes, preguntó por Viviana.

A las diez y cincuenta entró el hombre de la silla de ruedas y su enfermera. Señorita, póngame a ganar, le dijo a Sonja, una joven hermosa, que acababa de llegar de Medellín.

A las diez y cincuenta y cinco hicieron su aparición los pintores Correa y Pombo. Venían con una botella de Buchanan's en sus manos. Se sentaron y llamaron a Ingrid. ¿Ingrid? Ella murió hace un año. ¿Cómo así? ¿Murió? Sí, la mataron.

Los pintores pagaron el descorche, y bebieron un trago a la memoria de la negra.

A las once, cuando doña Jenny se disponía a cerrar, al fiscal le entró una llamada por el celular: Holmes, Johnny acaba de parquear su camioneta frente a la portería de "Jenny's".

El fiscal se acarició la pretina donde guardaba su revólver, y esperó impaciente.

Johnny se bajó de la camioneta. Era un hombre alto, trigueño, pelo corto, ojos negros y profundos.

Detrás de él, venían dos calanchines. Entró y se sentó en la barra. Al frente, le quedaba Holmes, como de tiro al blanco.

Jenny lo vio y corrió a atenderlo.

.- Johnny, cuánto tiempo sin verlo. Ya íbamos a cerrar. ¿En qué puedo servirle?

.- Sírvanos tres güisquis en las rocas.

Jenny sirvió, y le dijo:

.- Son por cuenta de la casa. Johnny, ¿le llamo a las muchachas?

.- No, doña Jenny, no se preocupe que yo vengo a hacer otra vuelta.

Johnny y Holmes se cruzaron las miradas.

El fiscal sintió escalofrío y recordó que Ingrid le había descrito con pelos y señales esa mirada asesina.

Es él, se dijo; no hay duda, es él.

Sin quitarle la vista a él y a los calanchines, el fiscal cogió el celular con la mano izquierda, mientras con la derecha se acariciaba la pretina del pantalón, y dio la orden.

.- ¡Quieto, hijueputa! ¡Vos sos Johnny Ramírez, el asesino de El Edén!

Diez agentes de la Fiscalía les pusieron los revólveres en sus cabezas, y los tiraron al suelo.

.- ¡Vos sos el hijueputa que mató a Ingrid y a Gina!

Con las manos en el cuello, el hombre lloró, y sacó una cédula falsa.

.- Dime, ¿dónde están tus compinches que cometieron la masacre? ¿Dónde están los cómplices?

Jenny y el comandante Samudio intentaron huir, pero el fiscal los cogió y les puso las esposas.

.- Ah, con qué ustedes eran los cómplices de este asesino. En la Fiscalía van a tener que cantar todas sus fechorías.

Los sacaron a empellones, y los montaron en una camioneta oficial.

Cuando la camioneta arrancó y tomó por la autopista sur, la casa de Jenny comenzó a arder.

Al otro lado del caño, el poeta de la rosa marchita, con una botella de Aguardiente Blanco en sus manos, reía a carcajadas como un desquiciado mental.

## EPILOGO

A Johnny Ramírez lo condenaron a treinta años de cárcel. A Jenny y el comandante Samudio a quince años. A las muchachas las tuvieron presas por algunas semanas, luego las soltaron por falta de pruebas, y durante un año tuvieron que presentarse ante la Fiscalía para dar declaraciones. El lote en ruinas quedó decomisado por la Fiscalía. Luego, a los dos años, fue vendido en un remate oficial, y al cabo de un año allí se levantó una torre de cristal de cinco pisos donde comenzó a funcionar el burdel “El elefante blanco”.

Los clientes que acostumbran a visitar el lugar dicen que cuando se sientan en las poltronas, pasa un desfile de mujeres bellas y exuberantes. Entre las mujeres que desfilan hay una negra cuajada, de pelo postizo, que se hace llamar Ingrid Balanta.

Fin